

# Trabajo Fin de Grado

Viaje al corazón del Nilo: la obra de Pedro Páez (1564-1622), el misionero que se convirtió en historiador

Journey to the heart of the Nile: the work of Pedro Paez (1564-1622), the missionary who turned into a historian

Autor/es

Mario Pedrol Aguilá

Director/es

Dra. Encarnación Jarque Martínez

Facultad de Filosofía y Letras  
Curso 2020-2021

## RESUMEN

Etiopía es en la actualidad uno de los países más pobres del mundo. Ubicada cerca del cuerno de África, ha gozado sin embargo durante muchos siglos de una privilegiada situación geopolítica que le permitió controlar el Mar Rojo desde finales del primer milenio antes de Cristo. Desde entonces hasta ahora su estructura política y social ha variado enormemente, pero siempre siguiendo una misma línea: la del cristianismo ortodoxo etíope. Trono y altar pronto se convirtieron en aliados, para hacer frente a todo tipo de problemas como las guerras de religión contra los musulmanes y las rebeliones internas.

Pero dentro de este marco conceptual de matrimonio político-religioso, Pedro Páez casi termina por trastocar esa unión. Jesuita nacido en Olmeda de la Cebolla – actual Olmeda de las Fuentes (Madrid) – desembarcó en Etiopía en 1603 con la misión de llevar el catolicismo. En unos años se convirtió en el confidente del emperador etíope, llamado Susenios, que inició contactos con la Iglesia Romana y que se llegó a convertir.

Aunque reducir la esencia de Páez a la de un misionero jesuita sería dejar de lado una de sus facetas más importantes, la de un excelente – y desconocido – historiador, un aspecto que este trabajo intentará esclarecer.

Palabras Clave: Pedro Páez – Etiopía – Abisinia – jesuita – África – fuentes del Nilo

## ABSTRACT

Ethiopia is currently one of the poorest countries in the world. Located near the Horn of Africa, it has nevertheless enjoyed a privileged geopolitical position for many centuries, which has allowed it to control the Red Sea since the end of the first millennium BC. From then until now, its political and social structure has varied greatly, but always along the same lines: that of Ethiopian Orthodox Christianity. Throne and altar soon became allies, to deal with all sorts of problems such as religious wars against Muslims and internal rebellions.

But within this conceptual framework of political-religious marriage, Pedro Paez almost ended up disrupting that union. A Jesuit born in Olmeda de la Cebolla - today Olmeda de las Fuentes (Madrid) - he landed in Ethiopia in 1603 with the mission of bringing Catholicism. In a few years he became the confidant of the Ethiopian emperor, called Susenios, who initiated contacts with the Roman Church and was eventually converted.

But to reduce Paez's essence to that of a Jesuit missionary would be to leave aside one of his most important facets, that of an excellent - and unknown - historian, an aspect that this work will attempt to clarify.

Key-words: Pedro Páez – Ethiopia – Abyssinia – Jesuit – Africa – sources of the Nile

“Está la fuente casi al poniente de aquel reino, en la cabeza de un pequeño valle que se forma en un campo grande. Y el 21 de abril de 1618, cuando yo llegué a verla, no parecían más que dos ojos redondos de cuatro palmos de ancho. Y confieso que me alegré de ver lo que tanto desearon ver antiguamente el rey Ciro y su hijo Cambiseses, el gran Alejandro y el famoso Julio César.

El agua es clara y muy leve, según mi parecer, que bebí de ella; pero no corre por encima de la tierra, aunque llega al borde de ella. Hice meter una lanza en uno de los ojos, que están al pie de una pequeña riba donde comienza a aparecer esta fuente, y entró once palmos, y parece que topaba abajo con las raíces de los árboles que hay en el borde de la riba. El segundo ojo de la fuente está más abajo, hacia el oriente, como a un tiro de piedra del primero; y metiendo en él la lanza, que tenía doce palmos, no se encontró fondo. Un portugués había amarrado primero dos lanzas, ambas de veinte palmos, y metiéndolas, tampoco encontró fondo. Dicen los que viven allí que no lo tiene y que, cuando andan cerca de aquellos ojos, bulle y tiembla todo alrededor, de manera que se ve claramente que debajo todo es agua, y que si no se rebose es por estar las raíces de las hierbas muy entrelazadas con algo de tierra; y a mí me aseguraron muchos, y hasta el mismo emperador, que estaba cerca con su ejército, que temblaba poco, por haber sido muy seco el verano, que otros años llegaban allí con mucho miedo, porque, poniendo el pie sobre la hierba, parecía que todo quería irse al fondo, y hasta ocho o diez pasos más adelante bullía, bajando y subiendo. El circuito, que muestra ser lugar como para una laguna, es casi redondo y no se puede alcanzar el otro lado con una piedra, pero con honda, holgadamente.”

Primera descripción de las fuentes del Nilo por un europeo (Páez, 2014, I, 18-19)



Retrato de Pedro Páez que se encuentra en el Santuario de Loyola (Páez, 2014, I, 12)

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

|                              |   |
|------------------------------|---|
| 1) Justificación del trabajo | 6 |
| 2) Estado de la cuestión     | 6 |
| 3) Objetivos                 | 8 |
| 4) Problemas y limitaciones  | 8 |
| 5) Metodología               | 9 |

## CAPÍTULO I: Breve historia de Etiopía 10

|  |    |
|--|----|
| 1) Origen  | 10 |
| 2) El reino de Aksum   | 11 |
| 3) La dinastía Zagwé   | 13 |
| 4) De la restauración salomónica hasta la llegada de los portugueses                         | 14 |
| 5) La alianza entre los imperios etíope y portugués  | 16 |
| 6) Lenta desintegración del reino e independencias   | 19 |
| 7) Etiopía frente al mundo: guerras ítalo-abisinias, revolución socialista y guerras civiles | 20 |
| 8) Movimiento Rastafari: el legado de Etiopía en la cultura popular                          | 21 |

## CAPÍTULO II: Etiopía vista por un jesuita: la obra de Pedro Páez 22

|   |    |
|---|----|
| 1) Política   |    |
| a. El sistema político                              | 23 |
| b. Cargos que otorgaba el emperador y sus funciones | 23 |
| c. La administración del territorio                 | 24 |
| d. Guixém Ambá                                      | 25 |
| e. Elección del emperador                           | 26 |
| f. Justicia   | 26 |
| 2) Economía   |    |
| a. Impuestos y tributos                             | 28 |
| b. Producción agraria                               | 28 |
| c. Producción ganadera                              | 29 |
| d. Producción minera                                | 29 |
| e. Producción artesanal                             | 29 |
| f. Compra-venta                                     | 30 |

|   |    |
|---|----|
| g. Sistema de herencia                                      | 30 |
| 3) Sociedad   |    |
| a. El saludo  | 31 |
| b. La ropa  | 31 |
| c. La educación   | 32 |
| d. La cultura gastronómica                                  | 32 |
| 4) Religión   |    |
| a. Monofisismo  | 33 |
| b. Los siete sacramentos                                    | 33 |
| ➤ El bautismo   | 34 |
| ➤ La confirmación y la extremaunción                        | 34 |
| ➤ La eucaristía   | 34 |
| ➤ La penitencia   | 35 |
| ➤ La orden  | 35 |
| ➤ El matrimonio   | 36 |
| c. Otras ceremonias y costumbres                            | 37 |
| <br>  |    |
| CAPÍTULO III: El valor histórico de la figura de Pedro Páez | 38 |
| <br>  |    |
| CONCLUSIÓN  | 43 |
| <br>  |    |
| BIBLIOGRAFÍA  | 45 |
| <br>  |    |
| ANEXOS  | 47 |

# INTRODUCCIÓN

## 1) JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO

Según los resultados proporcionados por el repositorio de la Universidad de Zaragoza ([Repositorio Institucional de Documentos \(unizar.es\)](http://RepositorioInstitucionaldeDocumentos.unizar.es)), las búsquedas de trabajos con las palabras clave “Imperio etíope” o “Pedro Páez” arrojan los mismos resultados: ninguno. Ni archivos, ni artículos, ni TFGs, ni TFM, ni tesis doctorales. Nada.

Con “Etiopía” hubo más suerte. Dos trabajos de fin de grado, uno relacionado con historia del arte y el otro con arquitectura. El primero formaba parte de las humanidades, por lo que en un principio podría ser más útil, pero el tema giraba en torno a Aïda Muluneh, una fotógrafa africana nacida en 1974 ([TAZ-TFG-2018-3328.pdf \(unizar.es\)](http://TAZ-TFG-2018-3328.pdf)); por razones cronológicas era prácticamente necesario descartarlo. En cuanto al segundo, versaba sobre el fuerte condicionamiento que la cultura y el entorno ejercían sobre la arquitectura tradicional etíope ([TAZ-TFG-2016-3642.pdf \(unizar.es\)](http://TAZ-TFG-2016-3642.pdf)); una cuestión quizás demasiado concreta.

Pero hay un detalle crucial sobre el porqué que todavía falta por comentar.

El curso pasado descubrí por casualidad la existencia de un reino que parecía reunir un cúmulo infinito de peculiaridades: ser el primer reino cristiano de la historia, considerarse el hogar donde reposa el Arca de la Alianza, custodiar las fuentes del Nilo Azul o incluso guardar relación con los rastafaris jamaicanos del siglo XX; una enumeración de singularidades que despiertan el asombro o, cuanto menos, la curiosidad de cualquiera que esté descubriendo el tema.

Y, además, entre tanta particularidad emerge la figura de un hombre, Pedro Páez. Una auténtica eminencia que plasmó en su obra *Historia de Etiopía* todo el trabajo realizado a lo largo de su vida. Páez fue un misionero de la compañía de Jesús pero también un intrépido explorador y un historiador extremadamente riguroso, cuyos métodos empleados no eran en absoluto los más propios de su época.

## 2) ESTADO DE LA CUESTIÓN

Como se ha comentado anteriormente, en el trabajo que presento se disocian dos ejes con claridad: por un lado tenemos la historia del imperio etíope y por otro está la figura de Pedro Páez y su obra.

En la actualidad existen abundantes libros, manuales o artículos que hacen referencia a Etiopía o a Abisinia, nombre con el que también se conoce dicho imperio. Manuales como el de Pierre Bertaux, *África desde la prehistoria hasta los años sesenta* (1991), el de Jean Jolly, *Historie du continent africain* (1996), el de Catherine Coquery

Vidrovitch, *Breve storia dell Africa* (2012), o el de Joseph Ki-Zerbo, *Historia del África Negra de los orígenes a las independencias* (2011). Pero es evidente, y basta con leer los títulos, que las citadas obras no se centran en Etiopía, sino que apenas van más allá de unas simples pinceladas.

El último título mencionado, el de Ki-Zerbo, refleja una interesante realidad; y es que el tema de las independencias es, quizás, el más recurrente a la hora del estudio histórico del continente africano. Si nos centramos en el caso etíope, también genera mucho interés el conflicto que sostuvo con Italia, con dos guerras mediante. Sobre esto existe una larga lista de publicaciones, muchas de ellas en italiano, como la obra escrita por Irma Taddia, *Etiopia 1800-1900 Le strategie del potere tra l'Africa e l'Italia* (2013) o las reflexiones de Eduardo Ortega y Gasset, *Etiopía: el conflicto ítalo-abisinio de 1935*, reeditado en numerosas ocasiones (Ortega y Gasset, edición de 2009).

Dentro del contexto de supremacía europea que existía entonces, es digna de destacar una curiosa obra titulada *Abisinia en su historia y sus costumbres* (1910), cuyo autor responde al pseudónimo de Capitán G. Blanche. Este tratado data de principios del siglo XX, y nos ofrece una visión en una época de la que no disponemos de muchas más fuentes. Se desconoce totalmente la identidad del misterioso escritor, cuyo estilo literario es muy directo, además de que su producción bibliográfica se reduce a esta única publicación, por lo que es bastante posible que se trate de alguien que participó en la primera guerra ítalo-abisinia o simplemente fuese algún viajero.

Sobre viajeros, existen diversas publicaciones como la tesis de Antoine Bouba Kidakou, *África Negra en los libros de viajes españoles de los siglos XVI y XVII* (2006). El autor realiza un estudio comparado de los relatos acerca de viajeros españoles, ahonda en los problemas de fuentes (predominio de lo mediterráneo frente a lo subsahariano), sintetiza los tipos de relatos en función del marco cronológico (viajeros, comerciantes, misioneros, exploradores...) y explica porqué Etiopía fascinaba tanto en Occidente, dado que la mayoría de diarios de viajes a África hablaban de Abisinia.

Uno de estos misioneros fue Pedro Páez Jaramillo, un jesuita que llegó a Etiopía procedente de Goa (en la India actual) con el objetivo de difundir el catolicismo, convirtiéndose incluso en la mano derecha del emperador Susenios. Estuvo casi dos décadas, desde el año 1603 hasta su muerte en 1622.

Su obra, *Historia de Etiopía*, se publicó por primera vez en 1945 en portugués, aunque no se hizo lo propio en castellano hasta el 2010, siendo reeditada por última vez en 2014 (Páez, edición de 2014). Es una respuesta a la obra de Fray Luis de Urreta y a los mitos y leyendas que circulaban por Europa en aquel entonces. Páez adopta una metodología de auténtico historiador, incidiendo en que lo que plasmaba en sus epístolas era solo lo que él observaba o lo que él consideraba fidedigno, preguntando a varios sabios del lugar para corroborar las respuestas (Páez, 2014, I, 47). Trató temas de todo tipo, desde los más recurrentes como la política, la sociedad o la cultura hasta los menos habituales como la orografía, la arquitectura, la fauna o la flora. Su aportación es capital y ha sido

alabada en libros posteriores como *Abisinia en su historia y sus costumbres* o *Historia del África Negra de los orígenes a las independencias*, ambas ya mencionadas en este trabajo.

En los últimos años se han publicado bastantes estudios sobre este jesuita. El primero, del padre Jesús González Núñez, que en su obra *Etiopía, hombres, lugares y mitos* (1988) recuperaba la vida de Páez como uno de los personajes más importantes de la historia del país etíope. Tras él, George Bishop, un inglés nacido en la India, publicaría en 1998 *A lion to Judah: the travels and adventures of S.J. Pedro Paez* (1998), editado al castellano en 2002 por ediciones Mensajero.

Su imagen se empezó a popularizar en España con la obra del periodista Javier Reverte, quien publicó *Dios, el diablo y la aventura* (2001), donde traza la biografía de Páez, dividiendo su perfil en tres facetas: su habilidad para los idiomas, su predisposición a la acción y su avidez constante para aprender.

Desde entonces, la producción de trabajos académicos acerca del jesuita se ha multiplicado. No hay más que consultar el portal Worldcat ([Resultados para 'Pedro Paez' \[WorldCat.org\]](#)) para ver la gran cantidad de artículos que se han publicado en estas dos últimas décadas.

### **3) OBJETIVOS**

Con la bibliografía disponible, los objetivos que se quieren plantear son, en primer lugar, hacer un recorrido por la historia etíope en un espacio ciertamente limitado (capítulo I), profundizando en los años 1600-1620, a través de la obra de Páez (capítulo II), figura a la que estudiaremos en base a tres axiomas: su rigor, su afán por defender la verdad y su espíritu de moderación (capítulo III).

### **4) PROBLEMAS Y LIMITACIONES**

Resulta imposible definir qué es la época moderna en Etiopía. De acuerdo con las ideas de Hank Wesseling, se consideraba que los pueblos no europeos eran pueblos sin historia, según Hegel, o pueblos eternamente paralizados, según Ranke (Burke *et al.*, 1996, 92); sociedades sin pasado, que solo echaban a andar desde el momento en el que se relacionaban con Occidente. Claro está que esto no es más que un prejuicio de origen decimonónico y que la historia africana es incluso más antigua que la europea. Pero, pese a que, en bastantes ocasiones, ambas puedan desarrollarse de manera autónoma, en torno al año 1500 se inicia un proceso de “creciente interconexión e imbricación de diversas civilizaciones y economías antes aisladas” (Burke *et al.*, 1996, 104). En el caso de Etiopía, la presencia portuguesa data de 1541-43. Ese podría ser el inicio de la época moderna en Etiopía, pero no está claro en absoluto cuando terminaría. Ni la expansión de las ideas de la Ilustración, ni la configuración de las naciones, ni siquiera la



colonización de África marcan un hito histórico en Etiopía, entre otras cosas, porque dicho país no fue prácticamente colonizado (estuvo ocupado por los fascistas italianos pero su presencia apenas duró cinco años, siendo expulsados por los británicos, que ayudaron a Haile Selassie a recuperar su trono). No podemos por tanto aplicar criterios de periodización eurocéntricos para delimitar la Modernidad en este país.

## 5) METODOLOGÍA

Para el desarrollo del trabajo destacaremos dos fuentes de naturaleza primaria: *Historia de Etiopía y Abisinia en su historia y sus costumbres*.

El resto de obras son fuentes secundarias, pero todas ellas escritas por europeos. Además, dentro de estas fuentes secundarias se incluyen otro tipo de recursos como son la consulta de alguna página web.

Henk Wesseling considera que la producción escrita en África es más reducida por razones culturales y climáticas, favoreciendo el desarrollo de nuevas técnicas y métodos, como el estudio de la oralidad. (*Burke et al.*, 1996, 89-118).

Etiopía tiene no obstante una peculiaridad, otra más, y es que sí tenía una grafía propia, el ge'ez, y entre las diversas obras que se pudieron escribir hay que destacar una en particular. Es conocido como el *Kebra Nagast* – en castellano, el *Libro de la Gloria de los Reyes de Etiopía*, aunque cabe la posibilidad de que esta se redactara en copto y unas décadas después se tradujese al ge'ez (Hubbard, 1956, 369-370). Sea como fuere, recoge mitos acerca de su origen o de la conversión al cristianismo del pueblo etíope, tratando de cohesionar su pasado en un momento de cambio dinástico.

# CAPÍTULO I: Breve historia de Etiopía

## 1) ORIGEN (4500 a.C. - 500 a.C.)

Pese a las tesis hegeliana y rankeana mencionadas en la parte dedicada a las limitaciones, la historia de la humanidad se inicia sin embargo en África, concretamente en la falla del Rift.

Esta fisura atraviesa varios países, siendo uno de ellos Etiopía, al que parte en dos mitades. Allí se encontró, en 1974, uno de los homínidos más famosos, siendo bautizado con el nombre de Lucy.

Se han llevado a cabo numerosas excavaciones desde el siglo pasado, destacando los treinta yacimientos correspondientes a una población de cazadores – recolectores que vivieron hace unos 1,7 millones de años, ubicados en un complejo arqueológico llamado Melka Kunture, donde unos arqueólogos franceses, financiados por la Mission Archéologique Française, realizaron numerosas excavaciones desde los años 60, cuya conservación se dio gracias a las sucesivas erupciones provocadas por el volcán Zuqualla. (Henze, 2000, 8)

Se ignoran muchísimos detalles acerca del desarrollo de cómo se sedentarizaron las poblaciones etíopes, aunque se está ofreciendo información a gran velocidad en los últimos años.

El cultivo del trigo y de la cebada llegó por el norte, siguiendo Nilo arriba, en torno al 4500-400 a.C., además de tener cultivos propios como el teff, el mijo, el ensete o el café.

En cuanto al comercio, de Egipto se importaban objetos cerámicos, metálicos o de cristal, y también escarabajos en forma de colgantes o de amuletos; de otros lugares llegaron tejidos, aceite, vino o herramientas de cobre, bronce o hierro. A cambio, Etiopía exportaba colmillos de elefante, cuernos de rinoceronte, cueros, pieles, conchas turquesa, maderas, especias, perlas y piedras preciosas, animales exóticos y esclavos. (Henze, 2000, 7-18)

Además, existía un contacto estrecho con los reinos del sur de la Península Arábiga, a través del estrecho de Mandeb. En Yemen se han encontrado numerosas inscripciones en piedra relatando historias de reyes etíopes antiguos. De acuerdo a lo que nos cuenta Paul Bernard Henze, estas poblaciones debieron de cruzar el mar rojo en dirección al norte de Etiopía desde antes del año 1000 a.C., desembarcando en el puerto de Adulis (actual Eritrea). De momento, la arqueología solo ha confirmado este flujo permanente a partir de la segunda mitad del primer milenio antes de nuestra era, pero nuevos hallazgos tanto en el mencionado Yemen como en la propia Etiopía sugieren contactos muy anteriores. (Henze, 2000, 19-21)

A principios de nuestra era ya existía un sistema político relativamente bien organizado, estructurado en base a ciudades-estado, desarrolladas gracias a la agricultura y al comercio, a tenor de la obra anónima *The Periplus of the Erythrean Sea*. (Henze, 2000, 22)

## **2) EL REINO DE AKSUM (2ª mitad del I<sup>er</sup> milenio a.C. – s. VII d.C.)**

Una de estas ciudades-estado, llamada Aksum, terminó por imponerse a sus vecinos, convirtiéndose en la capital de todo un reino, en gran parte gracias al comercio caravanero, ya que dicha ciudad estaba ubicada en un importante cruce de caminos, un punto estratégico que le permitía controlar las rutas a la perfección.

Alrededor de la ciudad se desarrolló una agricultura intensiva que permitió obtener un excedente, muy útil para sustentar a una población no cultivadora. Así pudieron alimentar y mantener a artesanos y, sobre todo, a soldados.

Se disocian tres grandes fases en el proceso evolutivo de dicha ciudad. (Henze, 2000, 26-32)

La primera, bautizada como “proto-aksumita”, corresponde a la segunda mitad del primer milenio antes de nuestra era. Durante este periodo existe una clara influencia procedente de la Península Arábiga, que se entremezcla con elementos indígenas, a tenor de las informaciones proporcionadas por los templos, las tumbas o la cerámica. En esta fase comienza a desarrollarse activamente la agricultura y el comercio, eclipsando poco a poco a las demás ciudades-estado, rompiendo el posible equilibrio que pudiera existir entre ellas.

La segunda fase, “precristiana”, iría desde finales de la era hasta mediados del siglo IV d.C. Las expediciones militares enviadas por el rey aksumita caracterizan este periodo, llegando incluso a cruzar el Mar Rojo para tomar parte en guerras internas en el sur de Arabia. Esto muestra que su organización política ya estaba suficientemente consolidada como para inmiscuirse en asuntos externos.<sup>1</sup>(Ver anexo 1)

Aksum tenía el control tanto militar como comercial, hasta el punto de dominar sobre un importante territorio, sometiendo a otras ciudades-estado y fundando lo que se conoce como el reino de Aksum.

Su apertura al mundo mediterráneo tuvo como consecuencia el uso de moneda propia, acuñándose por primera vez en el 270, bajo el reinado de Endubis. Eran de oro, de plata o de bronce, y en ellas se dibujaba la cara del emperador, acompañado de unas espigas

---

<sup>1</sup> Era ya tal su poder que el conocido profeta Mani consideraba que en su época (s.III d.C.) existían cuatro reinos: el de Babilonia y Persia, el de Roma, el de Aksum y el de China. (Henze, 2000, 22)

de trigo o de cebada y de una inscripción, primero en griego y, desde Wazeba, en lengua ge'ez, un idioma local que terminó convirtiéndose en oficial de su reino.

La segunda consecuencia fue la introducción de una nueva religión, característica principal de la “fase cristiana”, que fue la última. Pese a que se cree que el primer rey cristiano fue Ella Amida, fue su hijo, Ezana, quien dejó numerosos rastros de la implementación del cristianismo, incluyendo en las monedas el símbolo de la cruz o nombrando a un misionero llamado Frumentius como el primer obispo de Aksum, consagrado por el patriarca de Alejandría. (Jolly, 1996, I 88)

Comenzaba así la relación entre Etiopía y la iglesia de Egipto, forjando unos lazos que se mantendrán firmes hasta el siglo XX. Destacaremos el Concilio de Calcedonia del año 451, mediante el cual el patriarca de Alejandría se escindió de la Iglesia Católica y fue declarado hereje, debido a sus planteamientos monofisitas.

En el plano político, el auge de Aksum duró hasta el reinado de Kaleb. Su mandato supuso un enorme gasto económico y humano, debido a su política expansionista (ver anexo 2). Se iniciaron varias disputas internas, provocadas por las aspiraciones personales de algunos de los generales de su ejército, generando una inestabilidad que provocó que los sucesores de Kaleb perdiesen la soberanía en el sur de Arabia, excepto en los reinos de Saba y de Himyar. (Henze, 2000, 39-41)

Paralelamente, la calidad de las monedas descendió, lo que muestra los apuros económicos que sufrían.

Finalmente apareció un nuevo elemento desestabilizador: la irrupción y la rápida expansión del Islam. En el 616 llegaron a Aksum doce hombres y cinco mujeres, seguidores de Mahoma, entre los cuales se encontraban una de sus hijas, y su marido. Al año siguiente llegó otro contingente, liderados por un primo del profeta. Los Omeya intentaron convencer al rey etíope de devolver a los musulmanes a Arabia, pero el resultado fue infructuoso. Incluso, ya en el año 628, cuando Mahoma envió un emisario pidiendo que sus seguidores volviesen, tan solo unos pocos lo hicieron. El resto, según la tradición etíope recogida en el *Kebra Nagast*, decidieron quedarse y fundaron la primera comunidad musulmana en Etiopía, ubicada al este de Tigré.

Una vez Mahoma accedió al poder e invadió la ciudad de La Meca, les propuso a los aksumitas una alianza. Estos declinaron por dos motivos, porque quisieron mantenerse fieles a su cristianismo y porque se oponían a la competencia que la flota mercante árabe les hacía en el Mar Rojo. Pronto la cordialidad se convirtió en rivalidad, y los aksumitas dieron cabida en sus puertos a piratas que atacasen las naves de los comerciantes musulmanes. Los mecenos contraatacaron entonces mediante la destrucción del puerto de Adulis y de los navíos etíopes. (Jolly, 1996, I, 112-113)

El reino de Aksum se replegó sobre sí mismo, ya que el Islam lo limitó tanto por el norte como por la costa, y al oeste se encontraba lo que Blanche denominó “fortaleza

africana” (Blanche, 1910, 15), refiriéndose al macizo etíope, una región montañosa de difícil conquista y contra la que se estrellarán numerosas invasiones posteriores provenientes del exterior. A Aksum solo le quedó el sur para expandirse, una zona donde predominaban los *Agaw*, una etnia cusita, que poco a poco tendrían un poder creciente. (Sellier, 2005, 51)

### **3) PROBLEMAS INTERNOS Y DINASTÍA ZAGWÉ (s.VII – 1270)**

Se trata de un periodo oscuro, del cual la información es escasísima, inexacta, e incluso no del todo fiable. Versiones que en parte se contradicen, diferentes listas de reyes que no terminan de coincidir, indicios de que todavía hay muchos problemas cronológicos por solucionar.

La época que va desde el siglo VII hasta el siglo XIII se puede dividir en dos fases. La primera correspondería al declive del poder imperial y cómo, paralelamente, fueron surgiendo poderes locales; mientras que la segunda sería equivalente a la irrupción de una nueva fuerza política conocida como la dinastía de los Zagwé.

Durante la primera parte, Aksum fue perdiendo mucho poder y dominio, lo que alimentó el surgimiento de distintas fuerzas centrífugas, entre ellas las de los *Agaw*. Ubicados hacia el sur de Etiopía, fueron logrando cada vez mayor influencia gracias a su participación en el comercio con los musulmanes presentes en el cuerno de África (ver anexo 3).

El punto de inflexión ocurrió a finales del siglo X. Parece ser que fue una misteriosa mujer, conocida como la reina Judith, o Gudit, quien terminó por propinarle a Dil Na’od, último rey aksumita, el golpe de gracia a finales del siglo X. Años más tarde, a causa de la animadversión que la iglesia etíope sintió por los Zagwé, se le consideró una pagana, una judía, una *Agaw* o una *Beja* (dos grupos étnicos cusitas); una mujer acusada de levantar una revuelta gentil contra el cristianismo y el poder imperial, destruyendo iglesias y monasterios a su paso; a quien se le atribuye haber asesinado al emperador y ocupar su trono durante cuarenta años. Su fama se extendió por Nubia y por Arabia, de donde conservamos respectivamente inscripciones y textos, como el de Ibn Hawqal (Henze, 2000, 49).

¿Qué era en realidad? Es casi imposible que fuera judía, ya que en Etiopía no hay inscripciones en hebreo – ni mención a ellos – hasta tiempos modernos, por lo que la explicación del origen judaico es muy poco probable, pese a que sí existía una minoría de hebreos en Etiopía, conocidos como *falashas*, cerca del lago Tana. La teoría de liderar una revuelta pagana parece la más lógica, además de ser la más aceptada. Es posible que los *Agaw* y otras gentes del sur se rebelaran contra el proselitismo cristiano

y contra la conquista y el gobierno dirigidos desde el norte. Los aksumitas, en pleno declive, no pudieron hacer frente a la rebelión de estas gentes (Henze, 2000, 46-55)<sup>2</sup>.

Otras fuentes hablan de Takla Haymanot, un príncipe y general del ejército, primo de Gudit, que derrotó a Dil Na'od, instaurando la dinastía Zagwé. En unas versiones heredó el trono de su prima y en otras fue directamente él quien venció a los aksumitas.

El cambio de linaje no supuso en absoluto una ruptura con las tradiciones establecidas. Al contrario, los Zagwé llevaron a cabo una política continuadora, manteniendo y consolidando los rasgos comunes con sus antecesores de tres maneras distintas: a través de la divinidad de la monarquía, del desarrollo del cristianismo y de la arquitectura.

Se retomaron los contactos estrechos con Egipto, perdidos por los problemas internos que sufría el reino, para obtener materiales de construcción. Se construyeron las famosas iglesias monolíticas etíopes, características del reinado de Lalibela (1180-1220)<sup>3</sup>, el rey más distinguido de la dinastía. Son famosas las once iglesias (ver anexo 4) que mandó construir en Roha, ciudad que más tarde cogió el nombre homónimo de Lalibela, a la que convirtió en un importante centro de peregrinaje que aspiraba a convertirse incluso en lugar santo, aprovechando la conquista de Jerusalén en 1189 por parte de Saladino.

A su muerte se produjeron disputas entre los diferentes príncipes Zagwé a raíz de qué hijo de Lalibela heredaría el trono, imponiéndose la elección de Yitbarek. Algunos poderes locales aprovecharon para funcionar de forma cada vez más autónoma, como fue el caso de las regiones de Amhara y de Tigré. (Jolly, 1996, I 132)

Yekuno Amlak, hijo de un jefe amhara, inició una pugna con el poder central, estableciendo un reino independiente y organizó una revuelta contra Yitbarek, apoyándose en los grandes monasterios, siempre hostiles a los cusitas, además de contar con la ayuda del sultanato de Ifat y con el apoyo de gobernadores en Egipto y Yemen (Henze, 2000, 59). En 1270 ambos libraron una batalla, muriendo en ella el propio Yitbarek, el último rey Zagwé.

#### **4) DE LA RESTAURACIÓN SALOMÓNICA HASTA LA LLEGADA DE LOS PORTUGUESES (1270-1541)**

---

<sup>2</sup> Según la Biblia, hubo durante mucho tiempo una intensa relación entre hebreos y cusitas, por lo que es posible que todo lo relacionado con la época pre-aksumita se consideraba semita. En este caso concreto los conceptos de “judío” y “pagano” podrían tener significados similares, haciendo referencia a los tiempos pasados pre-cristianos. La obra de Steven Kaplan (Kaplan, 1992) profundiza sobre este tema en el que aquí no entraremos.

<sup>3</sup> De aquí en adelante, las fechas indicadas junto a los reyes corresponden a los años de reinado, no de vida.

Para legitimarse, Yekuno Amlak llevó a cabo una auténtica labor de propaganda política, creando un mito fundacional fabuloso – tanto en el sentido de imaginario como en el de extraordinario –, que quedó recogido en el *Kebrä Nagast* unos años más tarde.

Para ello, hundió las raíces originarias del nuevo imperio en el siglo X antes de Cristo. La leyenda cuenta que el primer rey de Aksum, Menelik I era hijo de la reina de Saba y de Salomón, rey de Israel. Menelik creció en la corte de su madre y siempre preguntaba por su padre. Finalmente esta le concedió permiso para emprender un viaje hacia el reino israelita. Cuando llegó todo el mundo le vio un asombroso parecido con su abuelo, David. Antes de regresar, Menelik robó de Jerusalén el Arca de la Alianza y se la llevó consigo de vuelta. Así se instauró en Aksum un reino que duraría hasta Dil Na'od<sup>4</sup>, del cual Yekuno Amlak se proclamó descendiente.

Poco a poco se fue estableciendo un auténtico sistema feudal. Amda Sion (1314 – 1344) concedió feudos de vasalle (*gult*) a título permanente (en el caso de iglesias o monasterios) y a título revocable (príncipes laicos). Para sustentar la pujanza de la figura del emperador la corte era itinerante, desplazándose por todo el territorio controlado. El ge'ez dejó su lugar como lengua oficial al amhárico, el habla de varias regiones del norte, entre ellas Amhara, lugar de donde provenía el nuevo linaje.

Se llevó a cabo un importante esfuerzo bélico, que se tradujo en la conquista y el sometimiento de numerosos territorios, edificando iglesias y conventos para la implantación y expansión del cristianismo, el elemento llamado a cohesionar la sociedad. Tras su reinado siguieron unas décadas de cierta paz, que duró hasta principios del siglo XV. Gebre Maskal (1414 - 1429) reinició las disputas contra los musulmanes, destrozando a las tropas de Sa'ad ad-Din II, sultán de Ifat, pero a la postre resultando muerto, en 1429, antes de liberar su territorio. (Jolly, 1996, I, 153)

Tras un lustro de coronar y deponer reyes, conjuras mediante, llegó al trono Zera Yacob (1434 – 1468), “el gobernante más grande que Etiopía había visto desde Ezana, durante el apogeo del poder aksumita, y ninguno de sus sucesores en el trono, excepto los emperadores Menelik II y Haile Selassie, se pueden comparar con él” (Ullendorff, 1961, 69).

Reformó el ejército haciéndolo permanente, lo que fortaleció el poder central y debilitó a los señores locales, hasta entonces los principales proveedores de tropas al *negus* y que perdieron entonces una de sus principales bazas a la hora de mantener los pulsos con el emperador.

Se casó con una musulmana, lo que debió de ser interpretado por estos como un gesto para calmar las hostilidades, ya que su reinado supuso un periodo de paz interna casi desconocida por entonces. También contribuyó a la difusión del cristianismo, escribiendo varios tratados de teología y reconstruyendo iglesias en muchas ciudades.

---

<sup>4</sup> Na'od era el rey aksumita, anteriormente mencionado, que fue derrotado por la reina Gudit o por Tackla Haymanot, depende de las versiones.

Paralelamente llevó a cabo una dura campaña contra los restos de paganismo que todavía pervivían por entonces. (Páez, 2014, I, 119-120)

Se carteo con numerosos soberanos contemporáneos, desde el sultán del Cairo – al que le protestó de manera vehemente la persecución contra los cristianos coptos, alegando que en Etiopía había musulmanes y que estos eran justamente tratados – hasta Alfonso V de Aragón o Cristóbal III de Baviera. (Jolly, 1996, I, 154)

También organizó numerosas expediciones militares (ver anexo 5). Hacia el norte llegó hasta el Mar Rojo, donde antaño se ubicaba el mencionado puerto de Adulis, atacando a los musulmanes de Masawa y de las Islas Dahlak; en el sur consolidó el vasallaje de las regiones islámicas de Ifta, Fatagar, Dawaro y Bale; atacó a Ahmad Badlay, sultán de Adel, al que mató en combate en 1445, permitiendo al reino conservar su dinastía a cambio de un oneroso tributo. (Sellier, 2005, 53)

Tras Zera Yacob los problemas etíopes se multiplicaron. Por un lado, huyendo de la presión de los somalíes, por el sur empezaron a llegar *oromos*, un grupo étnico proveniente, que si bien no suponían entonces un problema, pronto se convirtieron en una preocupación creciente (ver anexos 6 y 7). Además, simultáneamente, tanto los señores feudales cristianos como los reyes vasallos de Etiopía reclamaron más autonomía o incluso la independencia (en caso de los territorios musulmanes). En ese sentido, desde el sultanato de Adel se lanzaron incursiones desde finales del siglo XV que terminaron por provocar la muerte del *negus* Naod (1494 – 1508), al que le sucedió Lebna Dengel (1508 – 1540), que repelió bien a las tropas del sultán.

De forma paralela, otomanos y portugueses se disputaban el Mar Rojo. Mientras que los primeros conquistaron Egipto y el Yemen en 1517, los segundos invadieron de la isla de Socotora en 1507, además de enviar una embajada a Masawa en 1520 para buscar una alianza con Lebna Dengel, que rechazó por no considerarla necesaria.

Pero poco tardaría en cambiar de parecer. La llegada del imán Ahmad ibn Ibrahim a Adel trajo consigo el impulso de una nueva *yihad*. Compró armas de fuego a los otomanos, lo que le permitió batir una parte importante del ejército etíope, que vio con impotencia cómo los musulmanes vencían tanto por el sur (Bale, Hadya) como por el norte (Amhara, Lasta, Tigré), destruyendo iglesias y convirtiendo al islam a las poblaciones sometidas. Impotente, Lebna Dengel pidió ayuda a los portugueses. (Sellier, 2005, 53)

## **5) LA ALIANZA ENTRE LOS IMPERIOS ETÍOPE Y PORTUGUÉS (1541-1631)**

Durante el siglo XV, los gobernantes lusitanos decidieron revitalizar el comercio euroasiático buscando un camino alternativo hacia la India con el fin de evitar al



Imperio Otomano instalado en Oriente Próximo. Para ello emprendieron el camino bordeando la costa africana de forma metódica: Madeira, Azores, Cabo Bojador (1433), costa de Guinea, Cabo Verde, Congo-Zaire, cabo de las Tormentas<sup>5</sup> (Beceiro y Marín Rojas, 1991). Poco a poco, siguieron avanzando hasta llegar a la India, destino principal de estos viajes.

La existencia de un reino cristiano cerca del cuerno de África fue sin duda favorable para los portugueses. Principalmente porque tanto los lusitanos como los etíopes mantenían disputas contra los musulmanes, unos contra los Otomanos y otros contra el sultanato de Adel. El hecho de tener un enemigo común fue de utilidad para acercar posturas y buscar una alianza.

En 1541 desembarcaron unos 400 soldados portugueses, comandados por Cristovão de Gama. Reorganizaron el ejército etíope y cambiaron el equilibrio de fuerzas: desde entonces el imán Ahmad se encontró a la defensiva y terminó muriendo en el 1543 fruto de una emboscada en la que sus tropas desertaron. (Sellier, 2005, 54)

Etiopía había entrado en el juego de la globalización. Estableció desde entonces una relación bastante estrecha con los portugueses, quienes a cambio de la ayuda prestada quisieron que el *negus nagast*, el título que llevaban los emperadores en Etiopía, fuese partidario de hacer del catolicismo la religión oficial.

Consciente de la deuda que tenía con los portugueses, el *negus*, pese a rechazar su conversión, aceptó la llegada de numerosos misioneros destinados a evangelizar las tierras etíopes, hasta que en 1631 fueron expulsados.

El primero en llegar fue Joao Bermudes, presuntamente enviado por el Papa Pablo III. Sin embargo, una vez en Etiopía, fue expulsado de la corte del *negus* y enviado hasta el reino de Tigré. Allí siguió provocando más problemas, por lo que terminó abandonando África en 1556. Apenas había marchado que al año siguiente llegó Andrés de Oviedo, un fanático que rápidamente se autonombró arzobispo de Etiopía y que acusó a los etíopes de ser falsos cristianos, porque sus prácticas estaban contaminadas por elementos judíos. Gelawdewos, por entonces el *negus*, escribió *Confesión*, una obra donde defendía las ideas monofisitas y las prácticas locales, frente a la injerencia religiosa extranjera. Su sucesor envió a los jesuitas portugueses al norte del imperio, a Maigoga (más tarde rebautizado como Fremona, en honor a Frumentius), un lugar ubicado entre Aksum y Adwa. Se le limitó sus funciones hasta el punto de que solo pudieran servir a los portugueses y a los hijos que estos pudieran haber tenido con mujeres locales. Andrés de Oviedo, viendo que su poder era cada vez más reducido, apeló tanto a Roma como a Lisboa para obtener apoyo militar, pero el regente portugués, el príncipe Enrique, rechazó estas medidas y pidió al Papa Pío V destinar a Andrés de Oviedo a Asia. (Henze, 2000, 92-94)

---

<sup>5</sup>Actualmente llamado Cabo de Buena Esperanza.

El siguiente misionero en desembarcar fue el español Pedro Páez Jaramillo. Llegó en 1603, y durante las dos décadas en las que permaneció allí recopiló una abundante cantidad de información, desde detalles relativos a la sociedad (política, economía, cultura...) hasta los relacionados con el medio ambiente (como la fauna, la flora o la hidrografía). Gracias a que se convirtió en la mano derecha del *negus* Susenios (que gobernó entre el 1607 y el 1632), al que por cierto llegó a convertir al catolicismo, Páez pudo desplazarse por todo el territorio, elaborando la primera descripción fidedigna de Etiopía, recogida en su obra *Historia de Etiopía*.

Durante el siglo XVI la tendencia de los reyes fue la de conservar sus creencias coptas. En ese sentido, adoptaron en buena medida la política religiosa de paz pero no de obediencia.

La llegada de Páez coincidió con el principio del gobierno de Jacob. Sin embargo, poco después fue depuesto y mandado al reino de Nareá, en los confines del imperio. Fue elegido un primo suyo, Za Denguil, quien poco a poco fue abrazando las ideas católicas e intentó someter a todo el imperio, pero sus vasallos le dieron muerte en una batalla campal, el 13 de octubre de 1604. Volvió Jacob para ocupar de nuevo el trono. También intentó seguir las doctrinas procedentes de Europa, aunque terminó corriendo la misma suerte que su primo, muriendo en una batalla el 10 de marzo de 1607.

Después de una lucha encarnizada por el trono, triunfó finalmente un hombre llamado Susenios. Desde el principio se mostró abierto a las ideas de la iglesia romana, encarnadas en la figura de Pedro Páez que llegó a ser uno de los hombres de más confianza del emperador, siguiéndolo a todas partes, ya que por entonces la corte etíope era itinerante. (Henze, 2000, 94-96)

Es posible que el emperador, de esta manera, intentase utilizar el catolicismo para fortalecerse respecto a los poderes locales. Para triunfar tenía que lograr que las ideas católicas aportadas por Páez calasen en la sociedad y que esta se pusiera de su parte. El *negus* decidió modificar algunas tradiciones culturales como la de guardar los domingos en vez de los sábados o la de estandarizar las fórmulas usadas por los sacerdotes y frailes durante las misas o en los diferentes sacramentos.

Aconsejado por el jesuita, organizó y envió varias embajadas hacia la Península Ibérica con el objetivo de encontrar una ruta a Europa que evitase la presencia otomana. Felipe III, al corriente de este negocio, le prometió ayuda militar (ayuda que, por cierto, nunca llegó), lo que se vio en la corte etíope como una grandísima intromisión (Mola y Shaw, 2004). El *negus* tuvo entonces que hacer frente a una doble insurrección, una político-militar y otra religiosa. El emperador, con mano dura, resolvió ambos conflictos, además de sofocar cualquier otro intento de insurrección popular. Pero el elevadísimo número de muertos y el enorme descontento social hacia el catolicismo le llevaron a abdicar a favor de su hijo Fasilidas.

Este, consciente de los problemas internos que asolaban el imperio, expulsó a los jesuitas y decidió construir una nueva capital, Gondar, ubicada hacia el interior del país, aislándose totalmente del mundo exterior y de los gallas. La corte se establecería por lo tanto en un sitio fijo, dejando de ser itinerante. Era un intento de estabilizar las instituciones políticas, retornando a las creencias coptas.

## **6) LENTA DESINTEGRACIÓN DEL REINO E INDEPENDENCIAS (1631-1895)**

Tras Fasiliadas se abrió un periodo de intolerancia religiosa, a la que Iyasu el Grande trató de ponerle freno. Coronado como Jesús I, está considerado por Jean Jolly como el último gran soberano etíope de época moderna. Convocó varios concilios para aclarar las cuestiones teológicas en suspenso, reformó la administración fiscal, multiplicó los contactos con los responsables de las provincias en un intento de volver a las antiguas tradiciones políticas en las que el emperador rigiese apoyado en el consejo de príncipes, gobernantes y reyes. (Jolly, 1996, I, 24)

Tras él se acentuaron las situaciones de caos. Se sucedieron numerosos emperadores, puestos y depuestos por los señores cada pocos años, debilitando totalmente el poder central. La primera mitad del siglo XVIII verá entronizar hasta siete emperadores oficiales (entre los que destacan varios usurpadores) además de varios gobernantes que se declararon en rebeldía y se proclamaron jefes supremos de su provincia o reino.

Simultáneamente sufrieron durante estos siglos la fuerza de un poder emergente ya mencionado: el pueblo de los *oromo*. Poco a poco, desde la segunda mitad del siglo XVI, fueron sedentarizándose, ocupando las tierras de los reinos del sur (ver anexos 6 y 7), incapaces muchas veces de expulsarlos, logrando incluso crear auténticos estados dentro de la propia Etiopía.

Como resultado a este proceso de atomización, los reyes de Joa se declararon independientes y la provincia pasó a formar un Estado autónomo. Otros monarcas fueron siguiendo su ejemplo a lo largo del XVIII. Es en este siglo es cuando, según Ortega y Gasset, “el régimen feudal llegaba a su máximo en Abisinia. Los ras, o grandes señores comarcales, eran dueños absolutos y la autoridad del *negus* era puramente nominal.”(Ortega y Gasset, 2009, 51)

Es lo que se conoce como “época de los príncipes” (Sellier, 2005, 55), que iría desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta la llegada de Teodoro II (1855-1868), que reunificó el país.

La administración del territorio varió, a favor de reducir la atomización del poder. Así, de los treinta y cinco reinos y dieciocho provincias (ver anexo 8) que componían Etiopía

en época de Páez (Páez, 2014, I, 57-59) ya solo quedasen diez a finales del siglo decimonónico (G. Blanche, 1910, 30).

## **7) ETIOPÍA FRENTE AL MUNDO: GUERRAS ÍTALO-ABISINIAS, REVOLUCIÓN SOCIALISTA Y GUERRAS CIVILES (1895-ACTUALIDAD)**

Es en esta situación de debilitamiento interno que Etiopía entrará en el contexto internacional de colonización (ver anexos 9 y 10). A finales del siglo XIX, Italia, apenas recién unificada, llevó a cabo una tentativa de colonizar Etiopía entre 1895 y 1896 (Taddia, 2013, 87-121)

Tras fracasar, los italianos lo volvieron a intentar, esta vez con más éxito. Entraron en Etiopía desde el norte, en 1935. Unos meses después, en mayo de 1936, Italia se anexionaba su nueva conquista, expulsando a su emperador, Haile Selassie (ver anexo 11). Este se refugió en Inglaterra, siendo los británicos quienes le ayudaron a recuperar su trono en 1941, apenas seis años más tarde.

Una vez finalizada la segunda guerra mundial, Etiopía intentó mantener una posición de neutralidad durante la guerra fría, pese a que su posición estratégica, puerta de entrada a África oriental y con presencia en el Mar Rojo, interesaba tanto a los estadounidenses como a los soviéticos.

Sin embargo, la crisis económica de los años setenta tuvo un serio impacto político. Gran parte de la sociedad, apoyada por sectores del ejército, logró que Haile Selassie, el emperador fuese depuesto nuevamente, esta vez en 1974.

Se instauró una república popular, dirigida por un militar del ejército, Hailé Mariam. Se aplicaron medidas de corte socialista, lo que permitió acercar posturas con la URSS. Pero tras la caída del bloque soviético, en 1990 Hailé se exilia y el vacío de poder derivó en una guerra civil. Tras el fin de la guerra en 1995 se instauró una democracia, pese a que en varias ocasiones se ha protestado por la falta de legitimidad de los resultados. Y es que el líder de la facción vencedora fue primer ministro desde entonces hasta su muerte, hace nueve años, aunque desde entonces ha tenido ya dos sucesores.

En la actualidad, los principales conflictos giran en torno al uso del agua, que englobaría tanto el acceso al recurso hídrico como la salida al mar – perdida tras la independencia de Eritrea – y al conflicto territorial – problemas étnicos y lingüísticos derivados (ver anexo 12) y conflicto armado con Tigray. (Poncela, 2021)

## 8) MOVIMIENTO RASTAFARI: EL LEGADO DE ETIOPÍA EN LA CULTURA POPULAR

Terminaremos este primer capítulo con un apartado extremadamente curioso.

En Jamaica, en pleno contexto de colonización británica, Marcus Garvey (1887-1940) anunció su famosa profecía que decía que, cuando en África se coronase un rey negro, significaría que el día de la liberación del pueblo negro estaba cerca.

Por otro lado, en Etiopía, tras cinco años de dominio italiano, volvieron a coronar a Haile Selassie, en 1941. Este hombre se llamaba en realidad Tafari Makonnen y tenía el título de *ras* – equivalente a un gobernador – no el de *negus*.

La imagen de ver coronado un hombre cristiano y negro en 1941 – Haile Selassie – sin duda debió de calar hondo en la sociedad jamaicana, harta de la ocupación británica. Se desarrollaría así un movimiento social y espiritual de liberación conocido como *rastafari*. Prosperó en la década de los cuarenta (nació unos años antes) y alcanzó su auge entre los cincuenta y sesenta. Defendía el panafricanismo y el judeocristianismo, y su denominación nace del título y el nombre de este *ras*, el Ras Tafari. Además este movimiento adoptó el *Kebra Nagast* como su biblia, las tres rayas horizontales, verde, amarilla y roja, colores de la bandera de Etiopía, y el león de Judá, símbolo del cristianismo etíope. (Ulloa, 2007)

## CAPÍTULO II: Etiopía vista por un jesuita: la obra de Pedro Páez

Ni Joao Bermudes ni Andrés de Oviedo pudieron avanzar en la catolización de Etiopía. El primero terminó expulsado y el segundo confinado en uno de los reinos del norte. En 1603 llegó un tercer jesuita, Pedro Páez, con idéntica misión.

Nacido en Olmeda de la Cebolla (Madrid) en 1564, Páez estudió en la universidad de Belmonte, siendo allí novicio. A los 24 años fue ordenado sacerdote en Goa y, apenas tiempo después, el 2 de febrero de 1588, partió junto al padre Montserrat hacia el reino de los etíopes, con la misión de convertirlos al catolicismo.

Sin embargo, no llegó a su destino hasta 1603, tres lustros después de hacerse a la mar. Entretanto vivió una auténtica odisea, pasando años siendo cautivo de los árabes, sometido a torturas y con el miedo a ser condenado a muerte. Logró la libertad gracias a la intercesión de Felipe II, retornando a Goa y volviéndose a embarcar, esta vez con más suerte.

Rápidamente entró en contacto con Za Dengel, el *negus* de entonces. Páez logró convencerle de que el catolicismo era la religión verdadera, pero los poderes locales fueron muy contrarios, iniciando una revuelta en Gojam que concluyó con la muerte de Za Dengel en 1604.

Desde entonces Páez fue mucho más prudente con su misión. Y, tras el breve reinado de Jacob, llegó Susenios, que trazaría una gran amistad con el jesuita. Este último viajó junto a Susenios por todo el territorio, instalándose en unas tierras al norte del lago Tana. Fue entonces cuando, mediante misivas destinadas a los jesuitas en la India, fue enviando las diferentes partes que, una vez reunidas, suponen su escrito titulado *Historia de Etiopía*.

Esta obra no es únicamente un libro de historia, sino también un tratado de hidrografía, de zoología, de botánica... un compendio de saberes reunido por un hombre siempre sediento de conocimiento.

Hay que tener en cuenta no obstante que su mirada no deja de ser la de un jesuita occidental de principios del siglo XVII, pero también es necesario precisar que nos hallamos frente a un hombre que conoció culturas muy diversas. Tras dejar Europa muy joven, con apenas 24 años, terminó de formarse en la India y sufrió un cautiverio en la Península Arábiga antes de llegar a Etiopía. Por tanto, no estamos frente a un europeo cualquiera, sino ante alguien que conoció realidades socioculturales muy diferentes entre sí.

En este segundo capítulo, se va a analizar la política, la economía, la sociedad y la religión etíope, tal y como Páez las vivió, las entendió y las contó en su obra.

## 1) LA POLÍTICA

### a) EL SISTEMA POLÍTICO

Cuenta Páez que el sistema político-social etíope era el de un estado feudal – y así lo siguió siendo hasta la revolución de 1974 – compuesto de reinos y provincias, dirigidos por virreyes y/o gobernadores. La figura más importante era la del *negus nagast*, traducido como emperador o como rey de reyes. Tenía funciones políticas, militares y religiosas.

Estuvo siempre condicionado con las pugnas entre él y los gobernadores locales, favorecidos por la orografía etíope, más proclive a la atomización del poder que a su centralización, hasta el punto de que, con el paso del tiempo, la imagen del emperador terminó convirtiéndose en puramente simbólica.

Dichos conflictos entre el poder central y la periferia fueron una constante a lo largo de la historia etíope. Y, pese a que se intentó darles un componente religioso o cultural (nos encontramos frente a un estado con súbditos cristianos, judíos, musulmanes y gentiles), los motivos eran casi siempre políticos y sociales.

La corte real era itinerante (lo fue hasta Fasiliadas). Era una forma de controlar que los poderes locales fueran afines y leales. Sin embargo, Páez nos cuenta que es una tarea casi imposible, debido a la dificultad del propio terreno y a la necesidad de buscar espacios grandes para alojar a todo el séquito del rey (Páez, 2014, I, 251-254). Por ello, estos solían ir allí donde tenían palacios, como el de Seltán Zagued que Páez nos describe. (Páez, 2014, I, 256)

Se apoyaban en la nobleza, quien solía llevar un doble juego. Por un lado, les interesaba apoyar al *negus* para obtener títulos y cargos políticos, pero a la vez eran conscientes de que el abrupto territorio era muy propicio para ejercer un poder local efectivo aunque a veces contradijese al *negus*. Desplazarse con un ejército era una tarea extremadamente ardua, por lo que la respuesta militar a las sediciones no era ni mucho menos la más empleada, sino que era muy común que el emperador les quitase las tierras y se las entregase a otros nobles (Páez, 2014, I, 257). Así, lo que podía ser un conflicto entre monarca y súbdito se convertía en un problema interno de la nobleza (entre el perjudicado y el beneficiado).

### b) CARGOS QUE OTORGABA EL EMPERADOR Y SUS FUNCIONES

Según escribe Páez, nada más ser elegido emperador, el *negus* debía repartir diversos cargos, en total unos ciento cincuenta.

El más importante de todos era el de *Behet oaded*. Este hombre lo gobernaba todo junto al emperador. Al principio era un poder colegiado, ya que lo compartían dos hombres de manera simultánea, pero el *negus* Atanaf Zagued les quitó los títulos y sus mandos. Posteriormente, Malak Zagued reintrodujo uno solo, con el nombre de *eraz* (“cabeza”).

Existían ocho títulos más (*Hedug eraz, Gueitá, Uzta azax, Jandereboch azaxoch*; dos de cada uno) que, junto al anterior, el de *behet oaded*, se ocupaban de aconsejar al *negus*, de juzgar delitos graves y de dirigir al ejército. Tenían por lo tanto funciones políticas, judiciales y militares.

Nombraba también un sacerdote o fraile particular. Llevaba el nombre de *Acabe ezat*, y era el confidente del emperador. Lo acompañaba a todos lados, entraba a verlo cuando quería y sin que nadie se lo impidiese, lo aconsejaba sobre las buenas y malas acciones...

Tenían otro tipo de oficios, como los dos criados personales del emperador, los porteros de palacio, los que custodian las provisiones y los haberes del *negus*, los que guardan las mulas... De todos ellos destacan los llamados *Tecatán balatinoch gueitá*, “señor de los criados pequeños”. Su función era la de repartir las tareas entre unos sirvientes, que ejercían como pajes del emperador. Estos entraban a su servicio siendo niños, normalmente eran esclavos o hijos de gente común (Páez, 2014, I, 99-103). Existía la costumbre de entregarles tierras y caballos una vez tuviesen veinte años, para que acompañasen al *negus* en la guerra. El porqué de esta práctica lo encontramos en una charla que tuvo Páez con el emperador Susenios. Este último le dijo “Padre, los que yo críe y honre me servirán con buen corazón, mientras que de estos [refiriéndose a gente importante], poco hay que fiarse” (Páez, 2014, I, 104).

Este hábito se podría enmarcar dentro del contexto de las pugnas entre el poder central y la periferia o, lo que es lo mismo, entre el rey, cabeza del estado, y la nobleza, que tenía los poderes efectivos que les otorgaban los cargos de virreyes y gobernadores.

### c) LA ADMINISTRACIÓN DEL TERRITORIO

Pedro Páez explica en su obra que la administración territorial quedaba conformada en treinta y cinco reinos y dieciocho provincias, pero añadió que ni los propios etíopes (ni siquiera el *negus*), tenían muy claro cuántas divisiones existían en realidad en este imperio a principios del siglo XVII. Desde el reino de Focai (al norte) hasta Gamó (al sur), había entre cuarenta y cinco días y dos meses de marcha, según el propio Páez. Calculó que andando entre ocho y diez leguas al día, habría entre cuatrocientas y quinientas como mucho. (Páez, 2014, I, 57-59)

Cada reino y provincia estaba a cargo de un virrey o de un gobernador. Este era nombrado por el *negus* y se convertía en el dominador efectivo del territorio asignado.



Entre sus poderes más importantes estaba la recaudación de impuestos y el nombramiento de los jueces locales.

Dentro del territorio, el jesuita Páez disocia tres tipos de poblaciones.

Por un lado, considera que allá donde se encuentre la corte itinerante del emperador debe denominarse como “ciudad”. En ciertos lugares del país, los *negus* disponían de palacios, lugares de reposo, que utilizaban durante periodos prolongados para reposar y descansar de los viajes que ocasionaba una corte itinerante. También eran ciudades allí donde residían los virreyes y grandes gobernadores. Luego estaban las villas, donde solía vivir algún señor importante. Finalmente tenemos las aldeas, que aglutinaban unas cincuenta casas como máximo, aunque la mayoría tenían muchas menos, ya que la población estaba muy dispersa. (Páez, 2014, I, 255)

La disposición de las viviendas era diferente en las ciudades y en los demás sitios. Allí, conforme a la nobleza o el oficio de la familia, las casas estaban más cerca o más lejos del palacio o de la morada del virrey, a la derecha o a la izquierda, delante o detrás. Para las villas y las aldeas, el orden no lo establecía la costumbre, sino el señor de la tierra, que señalaba el lugar en el que se hacían las nuevas casas. (Páez, 2014, I, 257-258)

La tierra era toda propiedad del emperador. Él era quien decidía a quién se la entregaba, y en cualquier momento podía confiscar las tierras de cualquiera, incluso si se tratase de un virrey. Esta es una de las razones por las cuales existían numerosísimos conflictos dinásticos, ya que para un noble, apoyar al sucesor triunfante era prácticamente una garantía de éxito político. (Páez, 2014, I, 257)

#### **d) GUIXÉM AMBÁ**

Se trata de una montaña situada en Amhara, antiguamente en el centro del imperio, pero en ese momento era casi el extremo sur, debido a que los *oromos* – mal llamados *gallas* –, un pueblo cusita de ganaderos procedentes del sur, se habían ampliamente expandido.

A tenor de lo que nos narra Páez, esta montaña era de muy difícil acceso, existiendo un único camino para llegar a la cima, que además se torna muy estrecho y abrupto a medida que se va completando la ascensión, que cada vez se vuelve más trabajosa. Arriba del todo vivió presa la familia del emperador durante dos siglos, en una especie de jaula dorada, de fortaleza hecha de forma natural. (Páez, 2014, I, 139-144)

Tenía su origen en los descendientes que tuvo el emperador Yekuno Amlak (1270-1285). Antes de morir, el *negus* les dijo que gobernasen cada uno un año, y que se fueran turnando. Uno de los hermanos, descontento con este sistema, quería encarcelarlos una vez accediese al trono. Cuando el que ejercía de emperador se enteró los mandó quemar a todos. (Páez, 2014, I, 167-178)

Los príncipes entraban desde que tenían ocho años. Contando a sus mujeres e hijos llegaron a ser más de quinientos. A las hijas en cambio sí se les dejaba salir para casarse, ya que los hijos de las hijas del emperador no podían reinar, solo la vía masculina podía transmitir el cargo.

Estaban custodiados por guardias, que vigilaban que nadie entrase ni saliese sin licencia del emperador. También vivían diversos nobles, que tenían la función de guardar los haberes de los príncipes, además de contar con esclavos y con algún sacerdote.

Este sistema duró hasta Naod (1494-1508), que abolió la entrada pero no se soltó a los que ya estaban dentro, por lo que durante más de tres décadas siguió funcionando, y el emperador Claudio, que subió al trono en 1540, fue el último *negus* en salir de allí.

Tras no poder encerrar más a los potenciales candidatos en Guixém Ambá, estos usualmente eran destinados a los lugares más remotos del imperio, como a Jacob, que fue enviado al reino de Nareá, en los confines del territorio, o también eran apresados en la isla Dec, en la laguna de Dambiá, un lugar de fácil vigilancia. (Páez, 2014, I, 167-178)

#### **e) ELECCIÓN DEL EMPERADOR**

Páez escribe que cuando un emperador moría, se reunían cuatro electores: el *behet oaded* (ver Cargos que otorgaba el emperador y sus funciones) y tres nobles más, se juntaban con diversos consejeros religiosos (*debteroch*) para debatir acerca de qué príncipe sería más útil y provechosos para sus vasallos.

Una vez hecha la elección, el *Jan Zarar*, “el llamador del emperador”, iba a Guixém Ambá acompañado de gente de armas. Llegado a la cima, debía de ponerle un anillo de oro en la oreja derecha. Entonces se juntaban los demás príncipes para despedirlo y desearle suerte.

Al llegar al campo era recibido por cuatro dignidades eclesiásticas, equiparables a priores, y por muchos sacerdotes que cantaban salmos.

El emperador era ungido con óleo aromático, ricamente vestido, y se le hacía entrega de una corona de oro rematada con una cruz y de una espada desenvainada. Uno de los priores hacía entonces un pregón. Al terminarlo se producía una especie de besamanos, empezando por los electores, seguidos por los demás magistrados.

Se inauguraba un periodo de grandes fiestas. Acabadas estas, el emperador iba a Aksum para ser de nuevo ungido y coronado. (Páez, 2014, I, 179-200)

#### **f) LA JUSTICIA**

Páez también describe el sistema judicial.

Los jueces, llamados *azaxoch* (“mandadores”) de forma genérica, eran teóricamente descendientes por vía masculina de los jueces que Salomón dio a su hijo Menelik.

Existía una marcada jerarquía de jueces. Los *azages* suponían el mayor grado dentro del orden. De menor grado existían unos oidores que llevaban el nombre de *umbares*. A estos se le sumaba el *fará cembá*, el corregidor de la corte. Estos tres grupos componían la justicia del emperador.

Cada provincia y cada reino disponían de su propio juez, llamado *lebadín*, puesto por el gobernador o por el virrey. A nivel local también existía un juez de villa o aldea, el *xum*, elegido por el señor de la tierra – normalmente acostumbraba a ser el más anciano del lugar.

Durante los procesos judiciales solía ser el *xum* quien hacía de juez. Ocurría sin embargo que una de las partes decidiese traer un juez de corte, es decir, un representante de la justicia imperial. Entonces el *xum* entraba a juicio como compañero del nombrado juez de corte, y ambos se repartían los honorarios llevándose un tercio el primero, de menor rango, y dos tercios el segundo.

Páez divide cuatro tipos de delitos: el robo, el asesinato, la traición y el adulterio, penados de forma muy variada y siempre en función de la categoría social del agravado.

El robo se castigaba con azotes. En caso de reincidir se le cortaba las orejas o la nariz. De volver a delinquir se les ahorcaba.

El asesinato se solía traducir en la muerte por ahorcamiento, aunque también existía la costumbre de entregar al culpable a la familia del fallecido. Cuando esto ocurría, lo más común es que el condenado tuviese un estatus social mayor que el de su víctima, y normalmente este recibía el perdón a cambio de una compensación económica. Sin embargo el autor jesuita describe diversas situaciones en las que el asesino era brutalmente vengado a golpes de lanza.

La traición se penaba antiguamente echando al delincuente a los leones, aunque en época de Páez los considerados traidores eran desterrados o llevados presos a una isla llamada Dec, en la laguna de Dambiá, o a alguna sierra.

Destaca el historiador-misionero que el adulterio, el cuarto y último delito que tipifica, nunca conllevaba la muerte. El adúltero debía pagar una multa, mientras que la adúltera debía raparse la cabeza y dejar todos los bienes aportados por ella a su marido. El sesgo entre el marido y la esposa era aquí muy claro, ya que el varón solo era castigado de forma pecuniaria, mientras que la mujer era sometida a un castigo económico y social, ya que raparse el pelo tenía dos significados, ser adúltera o estar de luto, como veremos más adelante.

Remarcaremos que la hechicería, algo castigado en Europa con hasta la pena de muerte, no era considerada en absoluto como algo punible en Etiopía, ya que normalmente sus creencias, aunque cristianas, siempre habían contenido elementos paganos en mayor o menor medida. (Páez, 2014, I, 227-239)

## **2) LA ECONOMÍA**

### **a) IMPUESTOS Y TRIBUTOS**

Páez cuenta que cada reino y provincia debía pagar un tributo determinado, y este corría a cargo de los virreyes y de los gobernadores, que tributaban por los mandos que el *negus* les había cedido.

Comúnmente pagaban con cruzados de oro, paños de algodón, miel o manteca de vaca, en diferentes cantidades según la capacidad de cada reino y provincia. Páez señala que a veces se pagaba menos y, a veces, más. Era el virrey o el gobernador, no el *negus*, quien determinaba cuánto se debía tributar, aunque si no satisfacían las expectativas del emperador corrían el riesgo de ser cesados por este.

Los gobernadores recogían los impuestos de todos los vasallos de su territorio, en función de las actividades a las que estos se dedicasen. Estos debían de pagar una parte de lo que produjesen (por ejemplo, la renta de la tierra se solía saldar con un tercio de la cosecha) o por el uso de infraestructuras propiedad del señor (uno de cada diez productos embarcados en los puertos fluviales y marítimos). Además existían impuestos extraordinarios, como por la organización de ferias comerciales. (Páez, 2014, I, 347-350)

### **b) PRODUCCIÓN AGRARIA**

Páez destaca en su obra que las tierras eran muy fértiles, ya que daban una o dos cosechas al año sin tener que dejarlas descansar.

Producían trigo de muchas variedades, cebada, garbanzos, habas, lentejas o alubias. Páez destaca el *daguzá* y el *teff*, dos cereales con los que fabricaban pan negro. También tenía importancia la producción del azúcar, del algodón y del *nug*, con cuya semilla producían aceite.

A esto se le podría añadir una larga enumeración de cultivos que incluirían especias como el lino, el ajonjolí, el cardamomo, el jengibre, el comino, el eneldo, el hinojo o el cilantro u otro tipo de productos como los ajos, las cebollas, los repollos o los rábanos.

La producción frutícola también era reseñable, ya que era muy variada: melocotones, granadas, higos, naranjas, cidras, limones, tamarindos, cocos o dátiles. (Páez, 2014, I, 312-315)

#### **c) PRODUCCIÓN GANADERA:**

En cuanto a la producción ganadera, Páez detalla diversos animales, que podrían dividirse en tres clases.

Por un lado tenemos el caballo, un animal criado para servir en la guerra. Eran pequeños, pero fuertes para resistir las condiciones geográficas, además de buenos corredores.

A continuación hallamos a los animales de tiro. Había muchas mulas y jumentos, que andaban bien por los terrenos escarpados. También empleaban camellos en algunas zonas, además de bueyes.

En tercer lugar están los que destinaban al consumo cárnico. Había una gran abundancia de vacas y su proliferación se debía a una razón muy particular. Y es que el ganado vacuno disfrutaba de dos inviernos, uno de octubre a febrero, al lado del Mar Rojo, y otro de mayo a octubre, tierra adentro. Ambos eran poco fríos pero de abundantes lluvias, lo que proporcionaba pastos en abundancia. Además, criaban lo que Páez llama *guech*, una especie de bueyes destinados al consumo, cuyos cuernos además eran utilizados como vasos para el vino de miel. También tenían cabras y ovejas, aunque en menor número. En cuanto a las aves, tenían muchísimas gallinas, además de tórtolas, perdices y codornices. (Páez, 2014, I, 293-294)

#### **d) PRODUCCIÓN MINERA**

Páez explica que los principales recursos minerales de Etiopía eran el oro y el hierro y, en menor medida, la plata y el plomo.

El hierro estaba presente en todas partes; el oro se extraía de las minas situadas en el reino de Nareá y el de Tigré, además de estar muy presente en el río Beber; la plata se encontraba en el reino de Tigré y en la provincia de Zalamt, aunque se dejó de extraer debido a su alto coste, y pasó a ser un producto importado a través de los Turcos; el plomo se ubicaba en sitios muy concretos, y en muy poca cantidad. (Páez, 2014, I, 311-512)

#### **e) PRODUCCIÓN ARTESANAL**

La producción artesanal era casi nula, a tenor de las informaciones ofrecidas por Pedro Páez. Debido a que la gran mayoría de los habitantes se dedicaban a labores agrícolas y/o ganaderas, prácticamente no había artesanos.

Elaboraban paños, lanas y cueros, además de aderezos tales como colgantes o pendientes, ya que era costumbre ostentarlos en público.

Ni siquiera eran productores de algo tan común como la cerámica, que importaban de los árabes. También los paños de mejor calidad eran traídos desde la India, y que solo los más ricos podían lucir.

#### **f) COMPRA-VENTA**

Páez nos cuenta que lo más común entre los etíopes era el trueque, aunque también usasen piedras de sal como moneda, y el valor de estas dependía de cuán lejos procedían. Prácticamente no se acuñaba moneda alguna desde el declive del reino Aksumita. (Páez, 2014, I, 276)

#### **g) SISTEMA DE HERENCIA**

Páez también hace referencia al sistema de herencia. La transmisión del patrimonio se aplicaba solo al morir el varón, ya que la mujer no tenía más propiedad que la dote que hubiese aportado al casarse.

En caso de no tener hijos, la viuda se llevaba un tercio de la herencia, además de lo que ya tuviese antes de casarse. Los dos tercios restantes eran para los padres del difunto. En caso de que estos también hubiesen perecido, todo el patrimonio pasaría a manos de la esposa, incluso si el marido tuviese hermanos.

Si el matrimonio tuviese descendencia, la viuda y el hijo primogénito se llevaban dos partes de los haberes cada uno, mientras que los demás hijos solo accedían a una parte cada uno. Es decir, en caso de tener dos vástagos, los bienes se dividían en cinco, dos quintos para la viuda, otros dos quintos para el primogénito y un quinto para el otro.

Antes de la partición había que quitar los gastos del entierro y de las limosnas, el pago doble que se hacía al prior de la iglesia o del monasterio a los siete y a los diez días y el pago que se hacía a los frailes seleccionados por la familia para que rezasen los Salmos de David y otras oraciones durante los treinta días posteriores al entierro.

Para guardar el luto se vestían de negro durante un año, además de que las mujeres se rapaban el pelo y llevaban una banda larga de paño blanco en la frente – el ropaje negro era lo que las diferenciaba de las adúlteras, como ya se ha explicado. Los parientes del

fallecido se vestían de azul, aunque algunos se vestían de negro durante unos días y se rapaban la cabeza, aunque estos no tenían la obligación. (Páez, 2014, I, 277-278)

### **3) LA SOCIEDAD**

Nos encontramos ante una sociedad feudal, por lo tanto, jurídicamente desigual. El objetivo de este apartado es explicar las diferencias sociales a través de diferentes ejemplos como el saludo, la vestimenta, la dieta o la educación.

#### **a) EL SALUDO**

Lo que más le llamó la atención a Páez es que, cuando dos etíopes se encontraban, no se descubrían la cabeza, algo impensable por entonces en Europa. Lo que tenían por costumbre era bajar la cabeza y ponerse la mano derecha en el pecho, mientras decían “*bizón ayaoel*” que significaría “el mal no esté con vosotros” (Páez, 2014, I, 61).

En caso de ser dos hombres de distinto estatus, el de categoría más baja tenía que bajarse el paño que llevaba como capa y besarle la mano.

#### **b) LA ROPA**

Vestirse es una forma de presentarse en sociedad. Se ostentaban las riquezas que cada estrato tuviese, ya fuese por el tipo de material – oro, plata... – o por su procedencia – paños de la India o de fabricación propia. Gracias a la detallada información aportada por Páez, disociaremos cuatro apartados, exponiendo las similitudes y las diferencias entre las categorías sociales y el género de cada uno: los materiales y su procedencia, el calzado, la cadena y los pendientes y la toca o el peinado.

Por un lado, la gente noble vestía camisa blanca de bófeta fina de la India o de tela de Holanda. En todo caso, era un producto importado y, por lo tanto, extremadamente caro. Incorporaban un alzacuello ceñido con dos botones de tafetán carmesí y verde, o a veces de oro y plata. Las personas de condición humilde usaban ropa de algodón y a veces por encima se echaban un paño a modo de capa, pudiendo ser este de cuero de vaca o de piel de carnero. De cualquier modo, se trata de materiales procedentes de Etiopía y, además, estaban presentes en grandes cantidades.

En segundo lugar, llevar o no calzado suponía una diferencia social sustancial. Los ricos usaban zapatos de colores muy variados, normalmente de terciopelo, pero ni botas ni borcegués, algo que Páez no entendía. Por oposición, la gente común iba descalza.

Era costumbre tanto el uso de cadenas o, en caso de las mujeres, también de pendientes. De los cuellos de los hombres ricos colgaban cadenas de oro de muchas vueltas, que llegaban hasta la cintura, con una cruz que pendía, mientras que los varones modestos usaban cordones de torzal, delgados y negros. La cruz podía ser de oro, de plata o de madera negra, dependiendo de la riqueza de cada uno. Las mujeres llevaban desde collares de oro hasta cuentecitas de vidrio, pasando por canutillos de oro, siempre en función de la riqueza de la familia. Además, en las orejas llevaban zarcillos de oro y plata o, para las de menos condición, de madera negra con seda.

Finalmente, la principal similitud era que todos los hombres llevaban toca o birrete, mientras que las mujeres lucían muchas trenzas, cuanto más delgadas eran, mejor. La razón de este tipo de peinados era la apariencia. La mayor elaboración del tocado era sinónimo de una mayor categoría social del individuo. Los nobles no hacían trabajo manual, por lo que disponían de tiempo para elaborar sus ostentosos tocados, además de que estos no podían estropearse debido a las labores que la gente corriente debía de llevar a cabo. (Páez, 2014, I, 258-261)

### **c) LA EDUCACIÓN**

Como bien indica Páez, era una educación muy básica, ligada a la religión, como ocurría en Occidente.

Los frailes ejercían de maestros e iban a las casas de los grandes señores y enseñaban a sus vástagos a leer, a escribir y a entender el Evangelio. También estos monjes juntaban en sus casas, ubicadas al lado de las iglesias, a varios hijos de aldeanos y de villanos, donde les enseñaban a leer, a memorizar algunos Salmos de David y, en ocasiones, a escribir.

Sin embargo el propio Páez ponía en duda la capacidad de los propios religiosos para transmitir esos conocimientos, ya que consideraba que “sus intérpretes de la Escritura y sus maestros son tan flojos” (Páez, 2014, I, 291) que cuando el jesuita les explicaba su interpretación, católica, de los textos sagrados, los frailes coptos eran incapaces de rebatirle.

No existía una educación superior, pese a que Fray Luis de Urreta (1610) hablaba de grandes seminarios y universidades, pero que Páez tacha de auténtica fábula, alegando que no existían ni habían existido nunca en Etiopía tales instituciones. (Páez, 2014, I, 283-292)

### **d) LA CULTURA GASTRONÓMICA**



Páez cuenta que los etíopes comían en el suelo, sobre alcatifas, y usaban como platos una especie de tortas hechas con trigo, sobre las cuales ponían los alimentos.

Destaca el excesivo consumo cárnico que tenían los etíopes, en comparación al de cualquier súbdito medio de cualquier monarquía europea moderna. Vaca, carnero, cabra, gallina o perdiz eran un alimento muy común para los habitantes de las tierras del *negus*.

Muy pocos comían cerdo o jabalí, y nadie liebre o conejo. Posiblemente esta costumbre tenía reminiscencias judías, presentes en diversas tradiciones etíopes, ya que siguen patrones alimenticios parecidos en lo que a carnes aptas y prohibidas se refiere.

Añadían también diversos cereales, leguminosas o frutas.

Para acompañar bebían vino de dos tipos diferentes: el vino de miel, y el de maíz y cebada, mucho más común que el anterior. (Páez, 2014, I, 275-276)

## **4) LA RELIGIÓN**

### **a) MONOFISISMO**

El concepto de monofisismo alude al hecho de que Cristo no tiene una doble naturaleza, humana y divina, sino una sola, divina<sup>6</sup>. Por ello, veneran a Dióscoro, primer patriarca de Alejandría, como si fuera un santo, mientras que el papa León I, es considerado como el Anticristo. “No fue sino un Satanás” (Páez, 2014, I, 439), en palabras de un fraile viejo con el que Páez conversó en alguna ocasión.

### **b) LOS SIETE SACRAMENTOS**

Los sacramentos sirven para enmarcar la vida del creyente. Históricamente ha sido un asunto muy debatido en los concilios eclesiásticos, existiendo siete para la iglesia católica: el bautismo, la confirmación, la penitencia, la eucaristía, la orden, el matrimonio y la extremaunción.

Así los entienden en Etiopía según explica Páez.

---

<sup>6</sup>A raíz de esto, el cisma entre la iglesia romana y la etíope se produjo luego del Concilio de Calcedonia, en el año 451.

## ➤ EL BAUTISMO

Es el primer sacramento que tiene lugar en la vida de un cristiano. Cuenta Páez que en Etiopía, cuando un niño había cumplido cuarenta días, u ochenta si era una niña, era bautizado por un miembro de la iglesia etíope, que bien podía ser un sacerdote, un fraile o un seglar. Según el autor, estos empleaban mal las fórmulas de sacralidad, no de acuerdo a como decían los textos sagrados.

Durante el proceso, ungían a los niños con un licor que llamaban *zeite*, muy similar a la palabra árabe, que significaría “aceite”. Este era sacado del tronco del acebuche, cuya madera era cortada muy menuda, luego metida en una olla con agujeros en el fondo. Tras calentar el recipiente, recogían lo que se iba destilando, que era el nombrado óleo.

También practicaban el rebautismo con cierta asiduidad. Esto se llevaba a cabo si alguien se hacía musulmán o idolatraba con gentiles.

Existe una peculiaridad que el jesuita español no entendía y que nos muestra su total desacuerdo con la siguiente práctica. Una vez al año, durante la Epifanía, celebran una especie de rebautizo general, incluido el emperador, para recordar su religión. Para un católico como lo era Páez, nadie debe bautizarse más de una vez, porque si no la confesión y la penitencia son innecesarias, ya que al ser de nuevo bateados los pecados anteriores se tornan irrelevantes. Tampoco comprendía que necesitasen recordar sus creencias, algo que no hacían ni judíos ni musulmanes. (Páez, 2014, I, 507-511)

## ➤ LA CONFIRMACIÓN Y LA EXTREMAUNCIÓN

Según explica Páez, los etíopes desconocían totalmente lo que eran.

Algunos religiosos sí sabían que los textos sagrados señalaban que había que ungir a los enfermos, pero los etíopes nunca habían tenido esa costumbre. (Páez, 2014, I, 513)

## ➤ LA EUCARISTÍA

Explica Páez que los etíopes consagraban con pan fermentado y vino, que hacían todos los días un poco antes de la misa, en una pequeña casa ubicada al lado de la iglesia, en la parte oriental, que tenía únicamente lo indispensable para producir ambos elementos.

Se elaboraban dos tipos de panes. Uno grande, que mostraban a los feligreses durante la misa, que tenía cinco cruces pequeñas marcadas con un sello de madera, y que únicamente hacían uno solo, excepto en las grandes fiestas que fabricaban tres. Los otros, mucho más pequeños, se repartían a todos los asistentes como pan bendito. La harina era molida manualmente, ya que no contaban con una tahona.

El vino no era tal, sino que en realidad se hacía con agua y pasas. Estas se ponían en un barreño con agua, y, tras unas horas de dejarlas en remojo, quitaban las pasas. La mezcla obtenida era utilizada durante la eucaristía.

La misa no tenía un horario fijo. Los miércoles y los viernes, que ayunaban por las tardes, la eucaristía tenía lugar dos horas antes del ocaso; los días que no son de ayuno, se celebraba por las mañanas; durante la Cuaresma, al ponerse el sol.

Para officiar la ceremonia era necesario un sacerdote, un diácono y un subdiácono. Tras rezar el sacerdote sobre las vestimentas con las que se revestían, los otros dos, que servían de ayudantes, iban a la pequeña casa al lado de la iglesia a buscar el pan, traído por el subdiácono, y el vino, llevado por el diácono. Tras las fórmulas habituales, el sacerdote colocaba el pan en una bandeja grande de cobre y vertía el vino en un cáliz de plata o de cobre, y bendecía a ambos. A continuación, clérigo y feligreses pronunciaban toda una sucesión de loas y oraciones que Páez recoge con todo tipo de detalle. (Páez, 2014, I, 519-526)

### ➤ LA PENITENCIA

Según Páez se realizaba cuando se había pecado mortalmente después del bautizo, mediante la confesión, que podía ser individual, a solas con un eclesiástico, o colectiva, con la recitación pública en grupo de alguna oración. Algunos nunca se confiesan, pero recalca Páez que su vicario tampoco les pregunta por qué no lo hacen.

En esa misma línea, el jesuita les asocia a los etíopes un escaso sentimiento de culpabilidad, ya que no dicen “yo, pecador”, sino “he pecado, libéreme”. Esto puede deberse simplemente a que las fórmulas utilizadas en Etiopía fuesen diferentes a las empleadas por los católicos en Europa. En cualquier caso, las recitaciones que usaban solían ser variadas, y no seguían más que la doctrina y sus sínodos, pero no disponían de ningún libro escrito.

Destacaremos dos pecados para los católicos que para los etíopes no eran: el amancebamiento y la usura. Ambas prácticas eran, de hecho, bastante frecuentes entre ellos. En el caso del concubinato, el mancebo le decía a un fraile: “Me he puesto de acuerdo con esta mujer para estar con ella este verano. Excomulgadla si se aparta de mí y yo también juraré bajo excomunión no apartarme de ella” (Páez, 2014, I, 514). Era esta una forma de obligar a ambas partes a cumplir el acuerdo hasta que este se terminara.

Romper esos acuerdos sí sería pecado. (Páez, 2014, I, 514-518)

### ➤ LA ORDEN

Páez cuenta que el *abuna* es la máxima autoridad religiosa en Etiopía. Su nombre significa “padre nuestro”, y procede del árabe. Su figura es similar a la del obispo, pero sus funciones no se limitan al territorio del *negus*, sino que van mucho más allá, y por eso suele residir en El Cairo, y es enviado por el patriarca de Alejandría. No son los etíopes quienes lo eligen, sino los propios egipcios.

Su presencia era requerida para que los sacerdotes se pudieran ordenar. Cuando llegaba a Etiopía, era recibido con una gran fiesta en la que incluso el emperador está presente. Venían a él frailes de todos los reinos y provincias, y cada uno le traía presentes (piedras de sal, un poco de oro...). Después, les leía un fragmento de un libro en arábigo, pese a que los frailes etíopes no entendían el idioma. Al terminar, se acercaban al abuna de uno en uno, y este les cortaba algún mechón de pelo y, si venían rapados (que era lo más habitual), les tocaba la cabeza con las tijeras.

Todos aquellos que iban a ordenar la misa eran sometidos a examen por alguno de los ministros del abuna pero, según Páez, era tan sencillo que a casi nadie reprobaban. Acabada la prueba, se sentaban en hilera frente al abuna que, tras leer nuevamente un texto en árabe, pasan en fila frente al abuna, que les pone las manos en el rostro y les sopla en el rostro. Les hace unas recomendaciones (que no porten armas, que no se desmanden con mujeres ajenas...), les dice una misa y todos comulgan. (Páez, 2014, I, 533-563)

## ➤ EL MATRIMONIO

Relata Páez que los matrimonios eran negociados entre familias, al igual que ocurría en Europa. Ni el mancebo ni la doncella llevaban el acuerdo en primera persona, sino mediante la representación, sea de sus padres o de otras personas de confianza.

Unos días antes de casarse, ambas familias hacían fiesta tanto en casa del mancebo como en la de los padres de la doncella, en las que cantaban día y noche, variando la ceremonia en función de si el cónyuge era seglar o diácono. De cualquier modo, pertenecer a la Iglesia no era un impedimento para contraer matrimonio, algo inviable en el mundo católico y acerca de lo que Páez se mostraba muy contrario. Tras el enlace, iban a casa del novio, y hacían gran fiesta, de la que no salían en diez días, y algunos en treinta. Durante ese tiempo, los acompañaban unos hombres llamados *micés*, cuya labor era similar a la de padrino.

La función del marido es la de sustentar económicamente a la familia y no podía sobrepasarse en sus atribuciones punitivas, conocidas como marital corrección, mientras que la mujer se ocupaba del mantenimiento del hogar.

Existían dos formas de terminar con un matrimonio.

Una de ellas era por viudedad, cuando uno de los cónyuges fallecía. Era habitual que, de perecer el marido, si este tuviese un hermano mancebo, se solía casar con la viuda, por razones de transmisión del patrimonio.

La otra opción era mediante el divorcio. Pese a que el matrimonio se considerara indisoluble y “que lo que Dios unió el hombre no lo separe, Mateo 19,” (Páez, 2014, I, 565), la disolución del enlace es muy ordinaria entre los etíopes.

Para ello, era imprescindible ir ante la presencia de uno de los jueces del emperador, o ante el *abuna*, y alegar motivos como, en el caso del varón, la insumisión de su esposa y que esta descuidase el hogar, o, si era la mujer, alegar que su marido era demasiado violento con ella o que su esposo se había ausentado y ella no tenía qué comer (solía ser una ausencia prolongada, unos dos o tres años, en caso de no obtener el beneplácito solía hacerse musulmana, anulando los efectos del matrimonio). Si ambos estaban de acuerdo en divorciarse, cada uno se llevaba su mitad y les daban licencia para volver a casarse, pero si solo lo decía uno no se llevaba nada, solo el mencionado permiso para contraer matrimonio con otra persona. En caso de adulterio, no era necesario pedir ninguna autorización, simplemente podían volver a casarse con quien quisieran. (Páez, 2014, I, 565-571)

### c) OTRAS CEREMONIAS Y COSTUMBRES

Páez recoge diferentes costumbres que tenían los etíopes.

Circuncidarse era uno de los ritos al que los etíopes más aferrados estaban. No hacerlo era ser tratado de gentil (llamados *colafá*, que significa “incircunciso”). El motivo era la costumbre, la ley o la hermosura; en cualquier caso, esta tradición refleja muy posiblemente los vestigios de la permanencia de los ritos hebreos. Los niños eran circuncidados en casa de sus padres cuando tenían ocho días de edad, y comúnmente era una práctica realizada por mujeres. (Páez, 2014, I, 497)

También guardaban los sábados, comenzando los viernes por la tarde, como los judíos. Durante ese día, los etíopes no debían salir de sus casas. (Páez, 2014, I, 498-499)

Eran muy propensos a los ayunos. En ese sentido, los miércoles y viernes no comían hasta “cuando la sombra tiene ocho pies, [...], las cinco poco más o menos” (Páez, 2014, I, 271). Esos días también variaban su dieta: no comían huevo, ni leche ni manteca, sino hierbas, lentejas, habas y semillas.

Finalmente, las mujeres que habían dado a luz a un niño no podían entrar en una iglesia en los siguientes cuarenta días. Si era niña, debían de esperar el doble, ochenta días.

## CAPÍTULO III: El valor histórico de la figura de Pedro Páez

El mundo tan detallado descrito en *Historia de Etiopía* no es más que el reflejo de las habilidades de su propio autor. Encasillar a Páez simplemente en la labor del misionero jesuita que convirtió al catolicismo a dos emperadores etíopes, en el papel del explorador europeo que descubrió las fuentes del Nilo azul, ciento cincuenta años antes de que el escocés James Bruce se coronase como el primer europeo en verlas, o que atravesó el desierto de Rub al-Khali y lo pudo narrar, equivaldría a dejar un poco de lado una faceta extremadamente interesante.

Porque aparte de todo lo mencionado, Páez fue también un excelente historiador que aplicó métodos impropios de su época, dándole por ejemplo mucha importancia a la fiabilidad de sus fuentes. Así, su obra es calificada como “una de las mejores, si no la mejor, reconstrucción de la historia de este reino durante la etapa Moderna” (Santana Pérez y Ordóñez Del Pino, 2007).

En todo momento Páez proporciona nombres de lugares y de personas, o los tiempos de trayecto, lo que le da gran riqueza informativa a su narración. La enorme credibilidad a su relato no reside en las vivencias que nos narra, sino en la precisión de estas.

He aquí un ejemplo. Tras salir de Goa el 2 de febrero de 1588, Páez y Antonio de Montserrat llegan a Chaul a los tres días y medio. De allí se desplazan por tierra a Vassai. Llegan después a la ensenada de los Rabaos, donde se disfrazan de armenios y entran por la noche a la ciudad india de Diu, alojándose en una casa en secreto. Fue el propio Páez quien negoció las cosas relativas a la embarcación, ya que el padre Montserrat era muy conocido en la India. Partieron el 5 de abril de 1588 con destino a Ormuz, tardando 49 días en llegar. Entretanto, pararon en la fortaleza de Mascate ante la falta de agua y de mantenimientos, donde conocieron a un capitán portugués, Belchior Calaça, quien les prometió que se pondría en contacto con ellos para ayudarles en su travesía. En Ormuz debieron esperar tres meses a que pasara el monzón de Basala, alojándose en un monasterio de agustinos. Les escribió el capitán, diciéndoles que en un mes podrían partir con un piloto musulmán de su máxima confianza, con la condición de que debían de embarcar en Mascate, no en Ormuz, por lo que hasta allí fueron. Una vez en Mascate, salieron el 1 de enero, pero tuvieron problemas de navegación debido al excesivo viento, que les llevó demasiado mar adentro, llegando hasta unas islas llamadas Suadie, Hazquie y Hieriamuria. Tras reparar la embarcación, se echaron de nuevo a la mar, desembarcando en Dofar, una ciudad musulmana, el 15 de febrero de 1589. Fue entonces cuando fueron hechos prisioneros, acusados de ser espías que iban a Etiopía a persuadir al emperador para que hiciera la guerra a los Turcos. (Páez, 2014, II, 177-192)

Fue entonces cuando comenzó un largo cautiverio que duró varios años, yendo de ciudad en ciudad, recorriendo el desierto de Rub al-Kalhi y parte del de Arabia (Páez, 2014, II, 193-228), hasta ser finalmente liberados. Páez, por supuesto, sigue fiel a su escrupuloso método, recogiendo con detalle toda su cautividad, siendo posible reconstruir la ruta que siguió con gran precisión.

Volvió a intentar llegar a Etiopía, disfrazado de armenio, lográndolo en 1603.

Páez es definido por Henze como un hombre muy diferente a su antecesor, Andrés de Oviedo: amable, cultivado y empático – “a very different kind of man from Oviedo: gentle, learned, considerate of the feelings of others” (Henze, 2000, 95).

De hecho, su forma de ser era ideal en un historiador, pues reunía una gran erudición, un interés constante por aprender y una habilidad innata para entender el pensamiento ajeno. En este tercer epígrafe explicaremos las razones por las que la obra de Páez debe ser tomada en cuenta como uno de los mejores escritos de temática histórica que datan del siglo XVII.

Desarrollaremos los argumentos en torno a tres puntos clave: su rigor, su afán por defender la verdad y su espíritu de moderación.

Aparte del bagaje que tenía procedente de Europa – conocimiento del portugués, castellano y latín – y de su breve estancia en la India – donde estudió persa –, Pedro Páez aprendió árabe y hebreo durante su cautiverio, además de dominar muy prontamente el amhárico y el ge’ez – la lengua oficial y la lengua litúrgica de Etiopía, respectivamente –, al poco tiempo de haber desembarcado en las costas africanas. Además de la lógica admiración que le causó al *negus*, ya que Páez era capaz de participar en debates de teología en el propio idioma amhárico, su destreza para con los idiomas le otorga un plus de exactitud y de minuciosidad a su trabajo como historiador, ya que le permite entender la sacralidad de la religión etíope, transcribiendo informaciones precedentes de los libros litúrgicos, sin necesidad de traductores. Además, sin su dominio de las lenguas, no hubiera tenido un protagonismo tan directo en la corte del emperador, ya que junto a él pudo viajar por todo el país, por lo que su relato perdería la enorme riqueza que tiene.

Pero su rigor como historiador va mucho más allá de los idiomas. También es muy minucioso a la hora de tratar las fuentes que emplea. A menudo, estas son escritas y son libros que él mismo pide prestados en las diferentes bibliotecas de los monasterios. Y, aunque suene un poco repetitivo, su comprensión del ge’ez y del amhárico le facilitó sin duda su tarea, ya que pudo traducirlos él mismo, sin tener que recurrir a terceras personas.

Aparte de los libros, él mismo nos dice que “ordinariamente hablo por la vista” (Páez, 2014, I, 47). Se convierte así en el primer testigo de su obra, donde intenta recopilar toda la información que puede (ver anexo 13). También tenía siempre la costumbre de

preguntar a varios lugareños sobre todos aquellos conocimientos que él previamente tenía sobre Etiopía, para demostrar lo poco que en verdad se sabía en Europa. Como él mismo dice, su labor pasaba por contrastar los diferentes testimonios con el fin de recabar la “información [...] de las personas más fidedignas que aquí hay” (Páez, 2014, I, 47).

Mas semejante cantidad de datos no empaña en absoluto su calidad. El afán de Páez por la exactitud es tal que, lejos de detenerse a valorar cuan suntuoso era el palacio del emperador, se dedica a tomar sus dimensiones, en palmos, dándonos la visión, aunque un tanto *naïf*, de un misionero jesuita más interesado en recabar datos, apuntando las proporciones del palacio, en vez de admirarlo. Y lo más importante es que esto no es una acción puntual, sino una constante en su obra. El viaje que emprende desde la India no es solo una narración de hechos, también es una sucesión de lugares, fechas y nombres de todos aquellos a los que se van encontrando, permitiéndonos reconstruir con relativa facilidad la cronología y el trayecto que emprendió. Un último ejemplo, muy ilustrativo, es que, pese a sufrir todo tipo de tormentos siendo un cautivo de los árabes, Páez no nos hace partícipes de sus quejas, sino que se limita a describir qué tipo de tormentos le aplicaron y a reiterar que él se consideraba inocente – era acusado de espionaje – pero que entendía el proceder de los árabes.

Por otro lado, durante la estancia de Páez en África, se publicó en Valencia en 1610 una obra de Fray Luis de Urreta, un monje franciscano que escribió *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de Etiopía*<sup>7</sup>. Esta obra terminó llegando a manos de Páez, que decidió responder al texto de Luis de Urreta mediante la elaboración de *Historia de Etiopía*, al que cita constantemente para desacreditarlo, y al que le insta a conocer “la importancia de que un historiador sepa lo que escribe” (Páez, 2014, I, 47). Su afán por defender la verdad se convierte en la piedra angular de su trabajo, y para ello recurrirá, como ya hemos ido diciendo, a su pericia con los idiomas y al buen trato de las fuentes.

Por último hay que recalcar su espíritu de moderación. No trata de iniciar una disputa entre jesuitas y dominicos (Fray Luis de Urreta lo era), algo muy común en la época, ya que ambas órdenes integraban el reparto de las misiones religiosas en los territorios sin catolizar, como bien vemos en el artículo “Pedro Páez y la misión jesuítica en Etiopía en el contexto de la unión de las Coronas de España y Portugal” (Mola y Martínez Shaw, 2004). En ningún momento Páez culpa a Luis de Urreta de mala fe, sino que, al contrario, lo disculpa, diciendo que simplemente peca de ingenuidad por haber creído a ciegas todo lo que su informante, Juan Baltasar, le contó.

Esta empatía es clave, ya que no solo le permite endulzar su discurso contra Luis de Urreta, sino que extrapolándolo no hay duda de que su trato afable con la gente le

---

<sup>7</sup> El título completo es *Historia eclesiástica, política, natural y moral de los grandes y remotos reynos de Etiopía, Monarchia del Emperador, llamado Preste Juan de las Indias. Muy útil y provechosa para todos estados, principalmente para predicadores. A la sacratísima y siempre Virgen María del Rosario. Compuesta por el Presentado Fray Luis de Urreta, de la Sagrada Orden de Predicadores*



permitió comprender muy bien el mundo etíope, plasmado en su obra *Historia de Etiopía*, cuyas valoraciones (la del autor y la del libro) son unánimes, a tenor del artículo de Alfonso Mola y Martínez Shaw. Para el británico Budge, “si Páez hubiese vivido algunos años más, la historia de Abisinia entre 1623 y 1632 habría sido diferente” – recordar que falleció en 1622 y, tras él, llegó el patriarca Afonso Mendes, “que en diez años va a ver arruinada toda la labor de las dos décadas anteriores y condenada al fracaso la misión jesuítica en el reino” (Mola y Martínez Shaw, 2004), ya que Susenios terminó abdicando en 1632 en favor de Fasiliadas, que expulsó a los jesuitas de Etiopía y cerró durante dos siglos la entrada de cualquier influencia europea.

Otra coincidencia presente en muchos de los autores que han trabajado sobre Páez es que lo ubican entre las tres figuras más importantes de la evangelización en Oriente, al mismo nivel que San Francisco Javier, misionero en la India, y Matteo Ricci, en China.

¿Pero cuáles pueden ser las razones por las que la historia de Pedro Páez apenas ha tenido trascendencia alguna en los siglos posteriores?

En primer lugar, hay que reseñar que la obra de Páez fue guardada por la compañía jesuita y no se publicó hasta 1945. Si lo comparamos con los otros dos misioneros que hemos mencionado, las cartas de Francisco Javier empezaron a ser publicadas poco tiempo después de su muerte. En 1567 ya se tradujeron un par de epístolas al holandés; en 1579 se escribió la primera biografía sobre el personaje en portugués, por Manoel Teixeira, en la que emplea 62 escritos del Santo, además de otras obras; en el siglo XVIII ya habrá bibliografía sobre Francisco Javier en italiano, alemán o inglés (Añooveros, 2003). Y finalmente, fue canonizado en 1622, curiosamente el mismo año en el que Páez falleció en Etiopía. Por otro lado, en lo que a Matteo Ricci se refiere, la biblioteca virtual Miguel de Cervantes recoge dos obras suyas, originalmente publicadas ambas en la primera mitad del siglo XVII ([Obras de Ricci, Matteo, 1552-1610 - Pag. 1 \(cervantesvirtual.com\)](http://cervantesvirtual.com)).

La diferencia es por tanto enorme. La difusión de *Historia de Etiopía* no comenzó hasta su primera publicación en 1945, originalmente en portugués. Además, no se tradujo al castellano hasta 2010 o al inglés hasta el 2011 – por Christopher J. Tribe. Son en torno a cuatrocientos años de diferencia entre la publicación de la obra de Páez y la de los otros dos misioneros, un hecho que no deja de ser llamativo. Conviene preguntarnos el porqué.

Según Javier Reverte, la razón más probable es que, poco después de morir Páez, se produjo en Etiopía un giro hacia la ortodoxia copta, expulsando a los jesuitas, escenificando así la derrota de su misión evangelizadora. Su obra caería entonces en el olvido, siendo sus escritos guardados en el Vaticano, además de hacerse escasísimas copias. Pese a ser accesible durante muchos años, no fue difundida, y los autores que la emplearon se limitaron a mencionar la importancia del jesuita para la historia etíope, pero sin ir mucho más allá en lo que a su imagen se refiere (Reverte, 2001). Bien podrían ser los casos de Joseph Ki-Zerbo en su *Historia del África Negra de los*

*orígenes a las independencias*, del Capitán G. Blanche en *Abisinia en su historia y sus costumbres* o de Paul Henze en *Layers of Time: a History of Ethiopia*.

En los últimos años, la historia de Pedro Páez ha sido sacada a la luz, y diversos autores están reivindicando cada vez más la importancia de su figura. Algunos son los que ya hemos citado en el estado de la cuestión: el padre Jesús González Núñez, George Bishop o Javier Reverte. De hecho, el último libro que trata con rigor de la figura de Páez se publicó, en diciembre del 2019, *Historia fabulosa de un viaje a Etiopía* (2019) escrito por el arqueólogo Francisco Vivas.

Sin duda, en un lapso relativamente breve de tiempo, Pedro Páez ha pasado de ser un completo desconocido a ser un personaje histórico que despierta mucha admiración. Un hombre con una vida de película al que ya solo le falta precisamente eso, que su historia sea llevada al cine para que el gran público pueda conocer la trascendencia de un ser fascinante.

## CONCLUSIÓN

Tras una introducción y tres capítulos, la conclusión que viene a continuación se presenta como algo trascendental, no por el hecho de tratarse de la recapitulación de un trabajo, ni siquiera por ser el colofón de un TFG, sino porque es el epílogo de nuestro Grado, la cumbre tras cuatro años de escalada.

Una metáfora geográfica nada fortuita, ya que, en ese sentido, he dado cuenta de que Etiopía es sin duda uno de los ejemplos más ilustrativos a la hora de ver la importancia que tiene la orografía en los acontecimientos históricos de un territorio. Así, la actual región de Amhara, al noroeste, tiene un pasado bastante diferente al de la región Somalí, ubicada al sudeste, y las razones guardan una estrecha relación con la topografía. La primera de ellas se compone de una sucesión de altiplanicies y valle que forman un auténtico almacén montañoso – el mencionado concepto de “fortaleza africana” (G. Blanche, 1910, 15) – lo que le permitió repeler numerosas invasiones además de favorecer la autonomía política frente al poder central. No olvidemos que fue el hijo de un jefe amhara quien derrotó a los Zagwé, y fue allí donde Fasiliadas llevó la capital para alejarla de los problemas exteriores derivados de la presencia europea. Por otro lado, la región Somalí, mucho más accesible, suponía una de las dos vías – la otra era hacia el noreste, a través de Eritrea – por las que las tropas extranjeras se habían adentrado hacia el corazón del país.

La importancia del relieve en el estudio del pasado es algo que quizás no se tiene siempre en cuenta. En relación con el caso estudiado, tanto G. Blanche como Páez sí insisten mucho en la orografía. No obstante el presente trabajo, si bien tiene en cuenta estos problemas orográficos, no entiende que los acontecimientos tratados estén limitados por un determinismo geográfico.

En un primer capítulo, se ha repasado la historia de Etiopía desde su origen hasta la actualidad. La idea principal era conocer las principales dinámicas internas y externas del país etíope, sin apenas profundizar en la gran mayoría de ellas por razones de espacio, para encuadrar la conexión con Portugal y la obra del jesuita Pedro Páez, al que le dedicamos los otros dos capítulos del trabajo.

De hecho, la primera idea era hacer un TFG que versara únicamente sobre la historia del país etíope, restringiendo la obra de Páez a ser una fuente más. Sin embargo, a medida que avanzaba en la lectura, me di cuenta de que se trataba en realidad de una mina de oro que debía ser explotada.

Su forma de historiar, rigurosa hasta el extremo, detallada en el tercer capítulo, merece sin duda ser estudiada mucho más exhaustivamente, ya que la combinación entre su método de trabajo y su predisposición para aprender lo convierten en una figura singular

en su época que, por desgracia, aquí no se ha podido tratar en profundidad, debido a los límites de espacio y tiempo a respetar. Pero vistas las publicaciones acerca de su vida que han salido a la luz en estas últimas dos décadas, es probable que nuevos trabajos se vayan sucediendo, y que, poco a poco, Páez termine siendo valorado como se merece.

## BIBLIOGRAFÍA

AÑOVEROS TRÍAS DE BES, Xabier (2003). “Cartas y documentos escritos por San Francisco Javier”. En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=875998> (consultado el 12/06/2021)

BERTAUX, Pierre (1991). *África desde la prehistoria hasta los años sesenta*. Madrid: Siglo XXI de España.

BISHOP, George (2002). *Viajes y andanzas de Pedro Páez: primer europeo en las fuentes del Nilo (1613)*, Bilbao: Mensajero.

BLANCHE, G. (1910). *Abisinia en su historia y sus costumbres*. Madrid: Agencia General de Librería y Artes Gráficas

BOUBA KIDAKOU, Antoine (2006) “África negra en los libros de viajes españoles de los siglos XVI y XVII”. Tesis doctoral. Uned. En [TESIS DOCTORAL.PDF \(uned.es\)](#) (consultado por última vez el 12/06/2021).

COQUERY VIDROVITCH, Catherine (2012). *Breve storia dell Africa*. Bolonia: Il Mulino.

FERNÁNDEZ BECEIRO, Luis y MARÍN ROJAS, José (1991). “Expansión y presencia planetaria de Portugal”. En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2774047> (consultado el 12/06/2021).

FUNDACIÓN BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES, Obras de Ricci, Matteo, 1552-1610. En [Obras de Ricci, Matteo, 1552-1610 - Pag. 1 \(cervantesvirtual.com\)](#) (consultado el 19/06/2021)

GONZÁLEZ NÚÑEZ, Jesús (2012). *Etiopía, hombres, lugares y mitos*. Madrid: Mundo Negro.

HUBBARD, David Allan (1956). “The Literary Sources of the KebraNagast”. Tesis doctoral. University of St. Andrews. En [The literary sources of the Kebra Nagast \(st-andrews.ac.uk\)](#) (consultado por última vez el 12/06/2021).

JOLLY, Jean (1996). *Histoire du continent africain*. Paris : L’Harmattan. En 2 tomos.

KAPLAN, Steven (1992). *The Beta Israel: Falasha in Ethiopia: From Earliest Times to the Twentieth Century*. Nueva York: NYU Press

KI-ZERBO, Joseph (2011). *Historia del África Negra de los orígenes a las independencias*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

MOLA, ALFONSO y MARTÍNEZ SHAW, Carlos (2004). “Pedro Páez y la misión jesuítica en Etiopía en el contexto de la unión de las Coronas de España y Portugal”. En <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2142941> (consultado el 12/06/2021).

MORADIELLOS, Enrique (2002). “Fernando Braudel (1902-1985): La historia sin sujeto”. En <https://nodulo.org/ec/2002/n004p01.htm>(consultado por última vez el 11/06/2021).

ORTEGA Y GASSET, Eduardo (2009). *Etiopía: el conflicto ítalo-abisinio*. A Coruña: Ediciones del Viento

PÁEZ, Pedro (2014). *Historia de Etiopía*. A Coruña: Ediciones del Viento. En 2 tomos.

PONCELA SANCHO, Antonio (2021). “Etiopía 2021, ¿una nueva etapa en la difícil travesía desde «Etiopía» hacia «Pan-Etiopía»?” Documento de Opinión IEEE 20/2021. En [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_opinion/2021/DIEEEO20\\_2021\\_ANTPON\\_Etiopia.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2021/DIEEEO20_2021_ANTPON_Etiopia.pdf) (consultado el 11/06/2021)

REVERTE, Javier (2020). *Dios, el diablo y la aventura*. Barcelona: Editorial Debolsillo.

SANTANA PÉREZ, Germán y ORDÓÑEZ DEL PINO, Mariví (2007). “Los estudios hispanos sobre el África subsahariana: una perspectiva histórica”. En <http://e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:ETFSerieIV-2007-20-14500&dsID=Documento.pdf>(consultado el 12/06/2021)

SELLIER, Jean (2005). *Atlas de los pueblos de África*. Barcelona: Paidós Ibérica

TADDIA, Irma (2013). *Etiopia 1800-1900 Le strategie del potere tre l’Africa e l’Italia*. Milán: FrancoAngeli.

ULLENDORFF, Edward (1961). *The Ethiopians. An introduction to country and people*. Londres: Oxford University Press. En <https://www.indianculture.gov.in/flipbook/88330> (consultado por última vez el 12/06/2021).

ULLOA, Gilbert (2007). “Hipótesis sobre la subversión religiosa en el Rastafarismo”. En [https://www.academia.edu/48332720/Hip%C3%B3tesis\\_Sobre\\_La\\_Subversi%C3%B3n\\_Religiosa\\_en\\_El\\_Rastafarismo](https://www.academia.edu/48332720/Hip%C3%B3tesis_Sobre_La_Subversi%C3%B3n_Religiosa_en_El_Rastafarismo). Consultado por última vez el 11/06/2021.

VIVAS, Francisco. 2019. *Historia fabulosa de un viaje a Etiopía*. La Coruña: Ediciones del Viento.

# ANEXOS

## Anexo 1:



A finales del siglo III a.C., la ciudad de Aksum ya se había convertido en el capital de un reino, uno de los cuatro que existían por entonces en África.

FUENTE: JOLLY, Jean (1996). *Histoire du continent africain*, Paris : L'Harmattan, tomo I, s.p.



Anexo 2:



El cristianismo sirvió de vehículo de cohesión para la sociedad etíope. Bajo el mando de Khaleb, el reino de Aksum tuvo sus mayores dimensiones, aunque pocos años después sus sucesores se mostraron incapaces de administrarlo.

FUENTE: JOLLY, Jean (1996). *Histoire du continent africain*, Paris : L'Harmattan, tomo I, s.p.



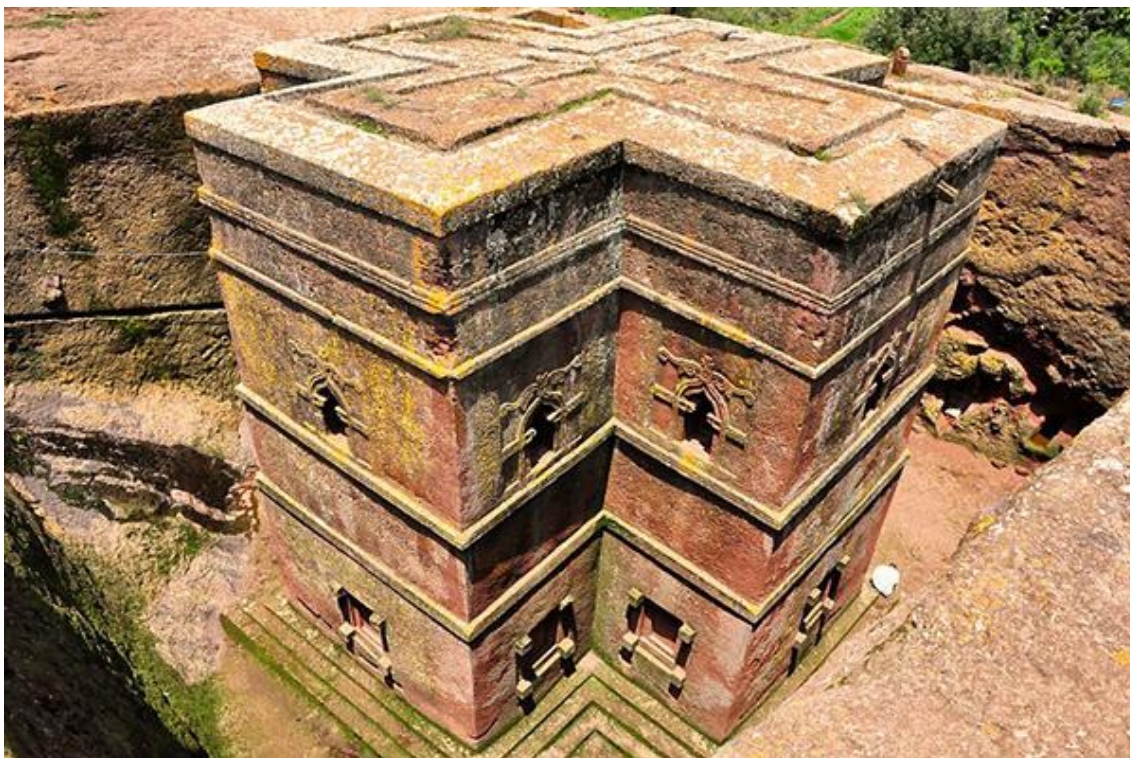
Anexo 3:



Con la expansión del Islam, las fronteras etíopes se contrajeron, y a su alrededor surgieron sultanatos y principados árabes

FUENTE: JOLLY, Jean (1996). *Histoire du continent africain*, Paris : L'Harmattan, tomo I, s.p.

Anexo 4:



Una de las once iglesias que Lalibela mandó construir en Roha. En este caso se trata de la iglesia de San Jorge (“*Biet Ghiorgis*”), la que se encuentra en mejor estado de conservación.

FUENTE: Iglesia de San Jorge (“*Biet Ghiorgis*”), en la ciudad de Lalibela. <https://architect.bjc.es/iglesias-lalibela/>, consultado por última vez el 21/06/.

## Anexo 5:



El territorio etíope se ubicaría en gran medida en lo que se conoce como macizo etiópico. Al este se encontraba uno de sus principales enemigos durante el siglo XV y XVI, el sultanato de Adel. Al sur hay que destacar la presencia de los *oromo*, que unas décadas después iniciarían incursiones hacia el norte.

Fuente: SELLIER, Jean (2005). *Atlas de los pueblos de África*, Barcelona: Paidós Ibérica, p.53



Anexo 6:



Volvemos a tener presente el conflicto entre Etiopía (“Abyssinie” en el mapa) y el sultanato de Adel (“Adal”), pero esta vez hay que destacar la presencia de los imperios otomano, al norte de África, y portugués, bordeando la costa africana. Además, Etiopía comenzaría a sufrir el problema de los *oromo* (“Tribus Galla”).

FUENTE: JOLLY, Jean (1996). *Histoire du continent africain*, Paris : L’Harmattan, tomo I, s.p.

## Anexo 7: la expansión de los oromo durante los siglos XVI y XVII



En comparación con el anexo 5, la expansión de los oromo durante los siglos XVI y XVII es cada vez mayor, lo que terminó por suponer un auténtico problema al emperador etíope.

Fuente: SELLIER, Jean (2005). *Atlas de los pueblos de África*, Barcelona: Paidós Ibérica, p.54



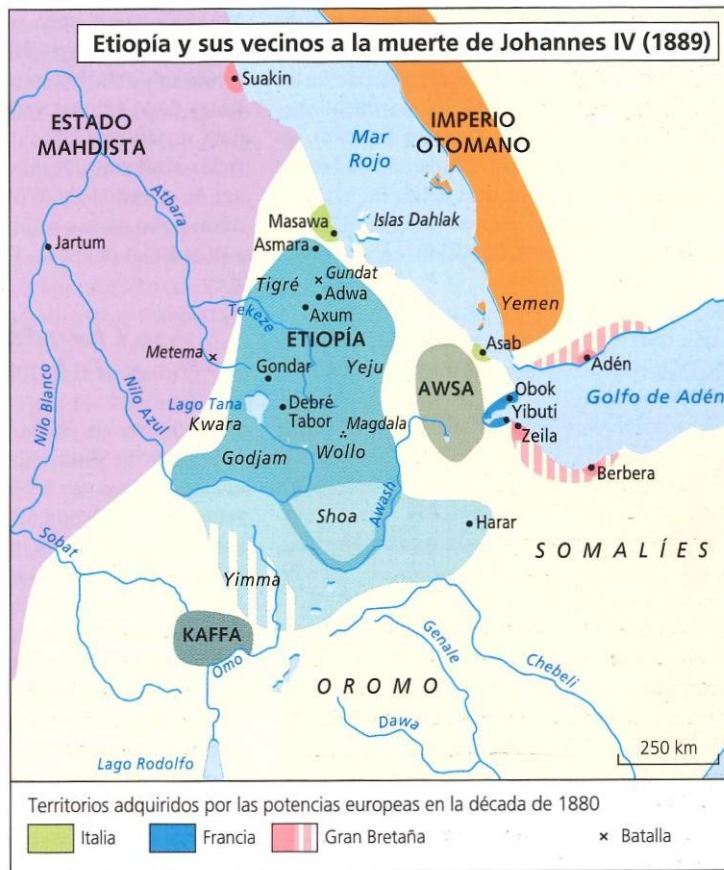
## Anexo 8: Mapa de Joan Blaeuw elaborado a mediados del siglo XVII



Mapa de Joan Blaeuw elaborado a mediados del siglo XVII. Pese a que este holandés nunca pisó Etiopía, el mapa que diseñó es extremadamente riguroso.

Fuente: PÁEZ, Pedro (2014). *Historia de Etiopía*, A Coruña: Ediciones del Viento. Mapa adjuntado con la edición.

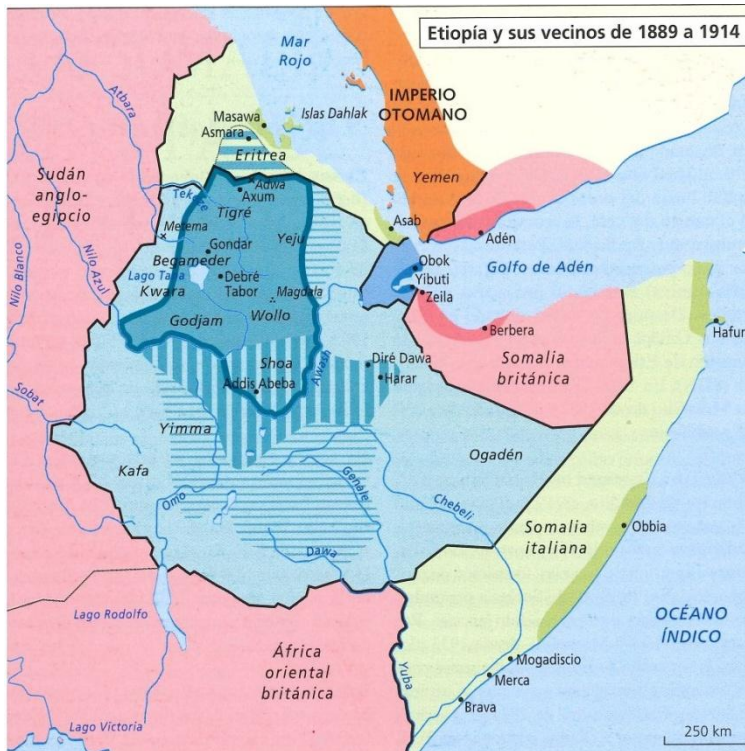
## Anexo 9:



Tras la reunificación del imperio lograda por Teodoro II, Johannes IV llevó a cabo numerosas incursiones militares para expandir los territorios. Hacia la costa este ya se aprecia las presencias italianas, francesas y británicas.

Fuente: SELLIER, Jean (2005). *Atlas de los pueblos de África*, Barcelona: Paidós Ibérica, p.55

## Anexo 10:



La poca presencia europea que muestra el anexo 9 ha derivado en una Etiopía rodeada de colonias británicas (noroeste, oeste, sud y este), italianas (norte y sudeste) y francesas (golfo de Tadjura).

Fuente: SELIER, Jean (2005). *Atlas de los pueblos de África*, Barcelona: Paidós Ibérica, p.60



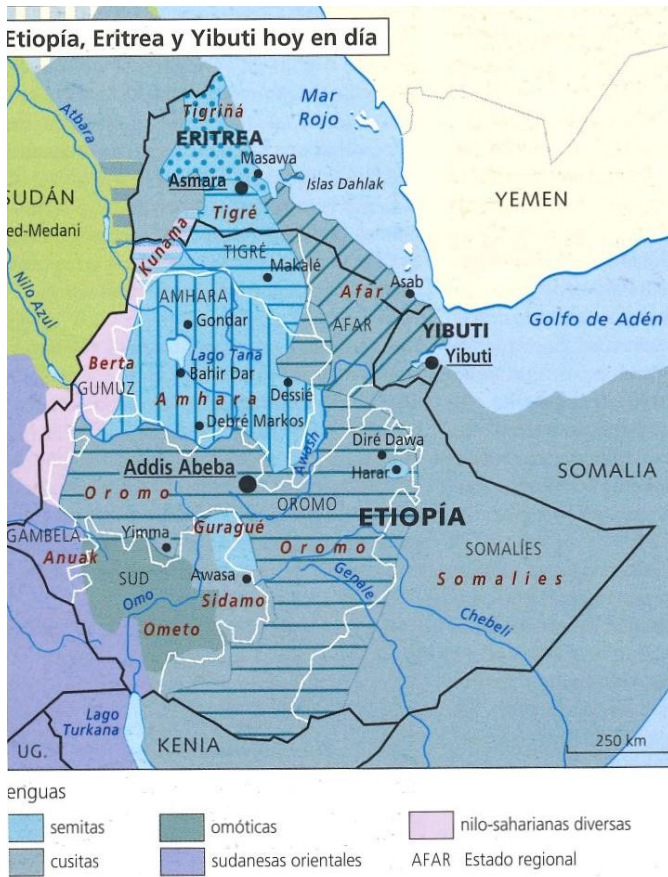
## Anexo 11:



Etiopía conquistada por Italia tras la segunda guerra ítalo-abisinia. La presencia británica alrededor fue clave para que el destronado Haile Selassie lograra el apoyo de los ingleses y pudiese recuperar el trono.

Fuente: SELLIER, Jean (2005). *Atlas de los pueblos de África*, Barcelona: Paidós Ibérica, p.61

## Anexo 12:



Grupos de lenguas existentes en la actualidad en Etiopía, siendo las cusitas las más extendidas, destacando el oromo, presente tanto en Etiopía como en Kenia, su vecino del sur.

Fuente: SELLIER, Jean (2005). *Atlas de los pueblos de África*, Barcelona: Paidós Ibérica, p.64

### Anexo 13: Rigurosa descripción de una jirafa, un animal completamente desconocido para Páez y para Occidente en general

“Hay otro animal al que llaman *jeratachén*, que quiere decir “rabo delgado”, de extraordinaria altura. El emperador me mostró uno, mandándome llamar para ello cuando lo trajeron y, con ser aún joven, del suelo hasta lo alto de la cabeza tenía diecinueve palmos, y decían que los viejos son más altos. La cabeza es muy pequeña y de rasgos de camello, pero en la frente, casi en lo más alto, tiene dos puntas, una cerca de la otra, delgadas y de cuatro dedos de largo, y parece que aquello es hueso, porque está cubierto de piel con pelo. El pescuezo delgado, largo y erguido hacia arriba. El cuerpo del grosor de un buey, más alto; las manos muy gruesas y desproporcionalmente altas, por ser en su comparación las patas muy cortas, las uñas hendidas como de vaca, el color pardusco claro, y todo el cuerpo lleno de redondeles muy rojos tan grandes como la palma de mi mano, que le dan mucha gracia. No muerde ni hace ningún daño, y en los bosques corre más que un caballo y, si lo capturan siendo joven, se vuelve muy manso, pero no montan en él, porque las patas son cortas y las manos respecto a aquellas muy largas, así que fácilmente derribaría a cualquier jinete”. (Páez, 2014, I 295-296)